

MUNUZA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

Munuza, Gobernador de Gijon.....
Pelayo Duque de Cantabria.....
Ormesinda, hermana de Pelayo.....
Rogundo, Señor principal de Gijon.....
Suero, amigo de Pelayo.....
Acmeth Zadé, Xefe de la guardia
del Gobernador.....
Kerim, Oficial Moro.....
Ingunda, confidenta de Ormesinda.....
Guardias de Munuza.....
Ciudadanos de Gijon.....

ACTORES.

Sr. Antonio Robles.
Sr. Joseph Huerta.
Sra. Maria del Rosario.
Sr. Isidoro Maiquez.
Sr. Vicente Garcia.
Sr. Tomás Ramos.
Sr. Vicente Romero.
Sra. Josefa Luna.

El Teatro representará una parte del palacio del Gobernador, en cuyo átrio se supone la Escena; otra un resto de la Ciudad de Gijon, y en él un fuerte que domine la marisma, que deberá descubrirse en el fondo de la Escena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Rogundo, Suero.

Rog. No culpes mis temores noble Suero; siempre la desconfianza, y los cuidados habitan en los pechos infelices; mas ya nada recelo.

Suer. D. Pelayo conoce mi lealtad: Señor, la carta que os traigo desde Cordova, probaros debe su confianza, y mi obediencia. Si supierais, Rogundo, quan turbado queda su corazon! Apenas puso vuestras ultimas cartas en su mano el fiel Egila, quando á su presencia me hizo llamar; me dixo: "Suero amado, parte al punto á Gijon; dile á Rogundo,

"que queda mi amistad acelerando la conclusion de todos los negocios (tanto para volver á Asturias. Que entre resista las ideas de Munuza, y en fin, que si recela algun osado intento de su parte, que efectue sin mi presencia el prometido lazo con mi hermana Ormesinda" con sus cartas (vano tomé al punto el camino; pero en os lo repito, siempre receloso dudais de mi lealtad.

Rog. En los quebrantos que padece la patria, noble Suero, debemos recelar de todo quanto se pone á nuestra vista. De Munuza la politica diestra ha grangeado algunos corazones con astucias; solo los que se humillan á su mando logran su confianza, los leales

viven entre cadenas; sin embargo,
yo fio en tu lealtad; nadie nos oye,
mirando á todas partes.

Munuza va á oprimirnos: si Pelayo
tarda en volver á Asturias, llora-
remos

por su honor y su vida.

Suer. Oh Dios sagrado!

Pues qué puede intentar?

Rog. Oyeme atento:

aquel día terrible y tan infausto
para la triste España, en que Ro-
drigo

rindió al furor del bárbaro Africa-
nuestra gloria, su vida, y su co-
rona;

aquel día sangriento en que los lla-
de Xerez, se sintieron oprimidos
de cadaveres Godos, cuyos brazos
debilitó la cólera del cielo;

aquel día infeliz en que aumentan-
con la sangre Española sus corrien-
tes,

vió el turbio Guadalete, revolcados
en su cieno los miseros despojos
del mejor trono, y mas illustre
campo;

aquel día por fin tan lamentable,
que fué la época triste del estrago,
en que yace la Patria; desde en-
tonces

las armas Sarracenas inundaron
todas nuestras Provincias; no hu-
bo Plaza

que no viese en su alcazar tremo-
los pendones Alarbes, y aun noso-
tros,

que al Septentrion de España reti-
(y al abrigo de rocas y montañas)
opusimos los pechos Asturianos

por ultima defensa á sus violencias,
nos vimos oprimir de los contra-
rios,

y sufrimos el peso de su yugo;
el robo, el sacrilegio, el desacato
y la profanacion, fueron resultas

del triunfo de los barbaros, que-
mados

los templos, insultadas las Matro-
nas,

y violadas las Virgenes, lloraron
las tristes conseqüencias de aquel
día:

día infeliz, con sangre señalado (do
en los fastos de España! tu recuer-
triste origen será de eterno llanto!
Hecho el Moro Señor de toda Es-
paña,

pensó en otras conquistas, y aspi-
rando

soberbio á dominar el universo,
pasó los Pirineos; hoy los Francos
sienten toda la furia de sus golpes:

mientras ellos formaban temerarios
tan altivos proyectos, esta Plaza
que siempre fué de su ambicion
el blanco,

quedó sujeta al desleal Munuza,
y una porcion escasa de Africanos
que la guarnecen. Todos por en-
tonces

viviamos tranquilos, esperando
de nuestra libertad el oportuno
y dichoso momento. Ah! quan er-
rados

caminan en su juicio los mortales!
Tú sabes bien que apenas respira-
mos

lexos del vencedor, y que Munuza
que gobierna á Gijon, tomó á su
cargo

el agrabarnos tan pesado yugo;
quándo (ó ciega ambicion de los
humanos!)

triunfará la virtud de tus esfuerzos!
Podrás creerlo: este cruel sectario
del comun opresor, duro instru-
mento

del impio furor del Africano,
traidor á España, á la virtud, y al
cielo,

quiere elevar un trono soberano
sobre las tristes ruinas de su Patria.
De este intento murmuran ya los

cabos (tro
Moriscos sin embozo, pero él dies-
los

los sabe deslumbrar. Ah! si entre tanto no abrigase en su pecho otras ideas, fuera menos temible; pero osado su corazon, aspira á mayor dicha. No lo dudes amigo: este tirano triunfa, conspira, y quiere sobre todo enlazarse á la sangre de Pelayo.

Suer. Qué me dices?

Rog. Sí amigo, de su hermana á qualquier precio logrará la mano. Apenas de Gijon salió el Infante empezó con obsequios reiterados á tentar la constancia de Ormesinda.

Político y amante, le observamos emplear por vencerla, hasta el suspiro;

(dados pero viendo despues que sus cui- se hacian importunos, cauteloso los suspendió del todo, y entre tanto

(yecto nos da tal qual indicio de un pro- que me llena de horror y sobre- salto.

(dos, Oh justo Dios! La sangre de los Go- que nuestros nobles pechos conser- varon, el premio á mis lealtades ofrecido, vendrá á colmar las dichas de un tirano!

(nuza, *Suer.* Pero, Señor, podrá olvidar Mu- que esta Princesa desde tiernos años está ofrecida á vos? que solo faltan las santas ceremonias para que am- bos

os unais en un lazo indisoluble pues qué vuestro valor, el de Pe- layo, (santa la promesa, el honor, la amistad y la fé exponsalicia?...)

Rog. Tan sagrados vinculos no detienen á un impio, y quién podrá hacer frente á sus conatos?

Siguiendo una política perversa, este fiero opresor, ha procurado

3
separar los estorvos, que pudieran oponerse á su furia. Soberano, absoluto del fuerte, y de las tropas, socolor de inquietud aprisionados los mas de nuestros nobles, detenido en Cordova Pelayo, el gran Pelayo que seria nuestra única esperanza; quién nos dará socorro? Quién librnos

(cielo podrá de tanto riesgo? El mismo contra nuestros delitos irritado, nos entrega al furor de los infieles, y abandonando su piadoso brazo la nacion, otras veces protegida, aun esta esclavitud que toleramos, es por ventura el miserable fruto de los excesos nuestros.

Suer. Y entre tanto (pleo será de nuestro aliento unico em- la debil queja? Nuestro enojo airado aprobará el desprecio de las leyes? Podreis sufrir vos mismo que vio- lando

los vínculos mas santos, un perjuro os venga á arrebatat de entre los brazos,

(posa? con mano infiel, la prometida es- Que el vil Munuza junte temerario á su sangre, la sangre de los Godos, y este ilustre depósito fiado

al valor Asturiano, esta reliquia de la estirpe real, será un temprano fruto de sus traiciones, mientras quietos,

lentos los ojos de un cobarde llanto miramos el mayor de nuestros ma- les?

(fragio Miserable de aquel que en el nau- de nuestra gloria ceda á la tor- menta!

(hidalgo No Señor, aun nos resta el medio de ofrecer nuestra vida por las le- yes,

(layo, los templos, y el honor. Sepa Pe- que el snyo aunque esté ausente, en todo trance, merece nuestro aprecio.

Rog. Honor sagrado!

4
podrá ser nuestra sangre digno precio (alabo de tu conservacion? Suero, y tus consejos, y en ellos reconozco qual es mi obligacion; pero has pensado (ra que yo soy tan cobarde que prefiero la ignominia á la muerte? No, corramos, entremos en palacio, yo pretendo ponerme en la presencia del tirano, á arguir su perfidia.

Suer. Todavía es temprano, Rogundo, mas despacio: las heroicas empresas se meditan; el ardor juvenil de vuestros años, os puede ser fatal, si la prudencia no le sirve de guia. Disfrazando Munuza sus ideas, con el velo de una falsa amistad, ha procurado ocultarlas á todos, y no es justo que intempestivamente le arguyamos por un delito, de que solo es reo, allá en su corazon. Al que es malvado, sus mismos artificios le descubren; sus empeños le acusan. Si entre tanto llegase á penetrar vuestros recelos, ó si vuestro dolor fiais al labio, peligrará sin duda nuestra empresa; sabrá Munuza precaverse, y quando corramos á echar mano del remedio, (charnos: ya no podrá el remedio aprovechar solo ahora conviene el disimulo; vivan nuestros temores sepultados en el fondo del pecho. En adelante Dios abrirá camino.

Rog. Los cuidados que llenaban mi alma de amargura, se templan con tus voces. Yo descanso en tu noble lealtad, y tus consejos. Observemos, amigo, del malvado Munuza las obscuras intenciones,

leamos sus ideas. Entre tanto yo voy á consolar á la Princesa, y á contarla tu arribo. De Palacio debe salir Munuza, y no quisiera que viese en mi semblante sus cuidados.

Suer. Idos, y no temais. Yo aqui le espero para hablarle de parte de Pelayo, y por que mi venida no le sea sospechosa.... Ya llega.... Retiraos.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Acmeth-Zadé. Suero. Guardias.

Mun. Qué me dices Acmeth?

Acm. Señor, yo mismo le ví llegar.... Pero si no me engaño vedle alli.... aquel es Suero.

Mun. Te aseguro, (do. que su arribo me causa algun cuidado acercandose.

Suer. El Duque de Cantabria, deseoso de que sepais el favorable estado de sus ajustes con Tarif, me envia á vos....

Mun. Pues cómo? á donde está Pelayo?

Suer. En Cordova, Señor, y su embaxada se va ya á fenecer.

Mun. Pero ha pensado sin mi orden....

Suer. Quando haya concluido todas las comisiones de su encargo, no deberá esperar orden alguna para volver á Asturias. Los cuidados de su casa, y el ruego de Ormesinda, claman por su regreso; sin embargo, no se qué diferencias suscitadas por el Gefe Agareno le obligaron á detenerse en Cordova.

Mun. Si. Aun debe permanecer alli por tiempo largo: los intereses suyos y los mios (mano y el bien de este Pais, todo está en de Tarif; él le hará volver á Asturias lleno de su favor. Pero Pelayo,

se

se halla en Cordova bien? De qué manera

los Moros'Andaluces le han tratado?

Suer. Bien conocen, Señor, todos los Moros

el mérito del Duque; pero quando á pesar de su sangre, sus virtudes y la opinion que le adquirió su brazo quisieran escasearle los obsequios, solo en vuestra amistad funda el

mas alto derecho á sus aplauso y favores.

Sin embargo, el amor que profesamos todos á sus virtudes, las continuas instancias de su hermana, y el cuidado de repetiros nuevos testimonios de su amistad, pudieron algun tanto disgustarle de aquella residencia.

Tambien han concurrido sus vasallos á turbar su sosiego: de Vizcaya

le avisan, que la guerra en sus estados ha vuelto á renacer. Que Eudon y

Pedro (nobles de aquel Pais) conspiran á

por lograr del Ducado las insignias, y aun que los naturales á Pelayo

se conservaban fieles, su presencia es alli indispensable mientras tanto

que duran las facciones: y quién sabe Señor, si acaso tienen sus cuidados

un origen mas grave y mas oculto?

Mun. Es justa su inquietud, pero el tratado

que ajusta con Tarif, dentro de poco podrá suministrarle medios hartos

de mejorar su casa y su fortuna. Con mi amistad, y la del Africano

(deshecho de dos deviles ribales) gozará sin recelo unos estados,

que contra nuestro gusto no pudiera conservar mucho tiempo; otros

mas altos honores serán paga de su celo; yo puedo asegurarle. Y entre tanto

no me olvido del vuestro. Cuidad mucho (para

de merecer los premios que os pre- y no los malogreis... Idos.

ESCENA TERCERA.

Munuza, Acmeth-Zadé.

Mun. Amigo,

las noticias de Suerio has escuchado?

Conozco, que la suerte favorece

mis altivos proyectos; muy en vano

querrá volver Pelayo á ser objeto

del amor de estos fieros Ciudadanos

rebeldes siempre al Agareno yugo:

al eco de mi voz iran notando

desde hoy quien es Munuza.

Acm. Yo no creo, Señor, (merario

Señor, que aya en Gijon quin te-

ose poner en duda vuestro esfuerzo.

Vos sois aqui un Monarca, todo el

mando de tierra y mar teneis en es-

ta plaza;

la guarnicion, el fuerte, los soldados

y las galeras todo os obedece.

Aun fuera de Gijon, solo un escaso

número de rebeldes se resiste

á daros la obediencia, y retirados

á los asperos montes alli logran

un triste asilo en sus horribles antros;

pero toda la costa se os humilla (no

y á vuestra voz rendido el Asturia-

ni aun se atreve á llorar su cautiverio.

Mun. Y qué? Porque los miras hami-

llados,

te parece que puede su silencio (llo-

sosegar mi inquietud? No: los vasa-

que sojuzga el derecho de la guerra,

á su primer gobierno aficionados,

idolatran la sangre de los Reyes

que les daban la ley; siempre aspi-

rando

á recobrar el yugo primitivo,

abrigan en su pecho los mas falsos

y perfidos designios. Poco importa

que afecten someterse voluntarios

á una nueva coyunda; su obediencia

siempre es hija de un animo forzado:

el temor del castigo puede solo

repimir su furor, y en estos casos

nunca ha sido prudente la blandura.

Acm. Pero, Señor, por qué con tal

cuidado

alejais de Gijon al de Cantabria?

Yo me acuerdo de un tiempo en que

Pelayo (bre
derramaba absoluto en vuestro nom-
favores y mercedes, entre tanto
que vos enamorado de Ormesinda
(sufrid que os lo recuerde) erais es-
clavo

de su tibio desden, y sus rigores.

Mun. Yo lo confieso, Acmeth, el dul-
ce encanto

de sus ojos, su noble compostura
y otros mil atractivos soberanos,

que brillan en su rostro, à su belleza

mi pecho y mi alvedrio sujetaron;

pero este mismo amor es el motivo

que tiene ausente en Cordova à su
hermano.

Acme. El amor de Ormeseinda?

Mun. Si, No culpes (abraso:

querido Acmeth, el fuego en que me

yo la adoro. Yo sé que me aborrece;

sé que espera Rogundo de su mano

la dulce posesion. Pero no obstante,

à pesar de Rogundo y de Pelayo,

de su mismo desden, y de mi gloria,

pretendo ser su esposo.

Acme. Cielo santo!

Vos su esposo, Señor?

Mun. Sí, estoi resuelto: (lacio

y antes que acabe el dia, à mi pa-

vendrá, donde le rinda humildes cul-

este Pueblo feroz: he decretado (tos

colocarla en mi lecho, ya lo dixé;

ved si debí apartarla de su hermano,

y aun librarme en Gijon de otros

estorvos. (traño:

Vos estais sorprendido, no lo ex-

la idea es peligrosa, mas supuesto

que mi poder y el fuego en que me

abraso,

exígen este enlace, no hay peligro

que me pueda estorvar ejecutarlo:

unido yo à la estirpe de los Godos

por el illustre enlace de su mano,

à pesar de Pelayo vendrá un tiempo

en que mi amor reuna los sagrados

derechos de la sangre y de la guerra.

Ah! si todas las ansias que consagro
à esta amable Princesa, si mis ruegos,
mi eterna gratitud, mi humilde llanto
ablandan su desden, si yo consigo
interesar el pecho que idolatro,
qué triunfo para mi tan alagueño!

Acme. Perdonadme, Señor, si recelando
de esta pasion las tristes consecuen-
cias,

(salto
me atrevo à combatirla: el sobre-
que ha producido en mí vuestro
discurso (do

me tiene sin aliento.... Desde quàn-

pudo un illustre pecho endurecido

debaxo del arnés rendirse incauto

à las leyes de amor? qué, sufriremos

el rubor de mirar que los encantos

de una belleza, humillen vuestro

orgullo?

Y veremos sentada à vuestro lado

à una muger altiva que os desprecia?

Vos os vais à perder: os lo declaro:

este pueblo orgulloso que idolatra

la sangre de los Godos, sin reparo

se opondrá à vuestro intento, y aun

los mismos

que sin rumor vivieron despejados

de hacienda y libertad, harán fu-

riosos

las ultimas violencias y atentados

por conservar su honor. Estos in-

sultos (no

fomentará Rogundo à quien la ma-

de Ormesinda robais. Pero vos mis-

mo

despreciareis las iras de Pelayo?

Y quando su amistad no se interese

no temereis su odio? Venerado

por los nobles de Asturias, como un

resto

de la sangre real, solo en su brazo

funda España su última esperanza.

Nacido al pie del Trono, los palacios

de sus Reyes, le vieron en la cuna:

nuestras mismas victorias irritaron

su ánimo marcial. Nuestras trinche-

ras

vieron crecer este Heroe peleando

al

ál lado de Rodrigo, y su ardimiento no abandonó las armas , hasta tanto que miró subyugados de su patria los ultimos confines. Retirado á los montes de Asturias, tiene aliento de dexarse rogar , y aun de negaros la mano de Ormesinda , y vos , no obstante, (amo: despreciais su rencor? Señor , yo os en vuestra gloria, humilde me intereso, pero temo....

Mun. Ya lo he reflexionado; no receles Acmeth , están tomadas las mejores medidas.

Acem. Pero , acaso los nobles de Gijon....

Mun. Los mas altivos gimen en el castillo aprisionados baxo algunos pretextos especiosos; y ya no temo el brio de su brazo, que oprimen y enflaquecen las cadenas.

Mi cautela alexó de aqui á Pelayo, y el celo de Tarif sabrá burlarse de sus solicitudes, prolongando (til. la conclusion de una embaxada inu- Si pretende Rogundo temerario alegar la razon de sus derechos, no sabré yo oprimirlo y aplacarlo? Y quando en fin todo este feroz pueblo

osare resistirme , los soldados (to. que lo guarnecen salvarán mi inten- La menor inquietud pondrá á mi lado los Moros que se esparcen á la orilla del golfo de Cantabria. A congregarlos (to, partió Kerim, que volverá mui presnada me da temor ; si con alhagos puedo vencer el pecho de Ormesinda será feliz mi suerte , mas si tantos desvelos no la obligan , si no logro la posesion de su adorable mano, tiemble de mi furor España toda. Esto ha de ser Acmeth. A este palacio debes tú conducirla de mi orden, ve á decirle mi amor y mis cuidados, implora su piedad , mas sobre todo,

si no bastan el ruego y el engaño, usarás del poder y la violencia. Kerim llega. Ya es tiempo, retiraos.

ESCENA CUARTA.

Munuza. Kerim.

Ker. He corrido, Señor , en vuestro nombre, desde la triple ara , que el Romano Apuleyo erigió en honor de Augusto, hasta el último puerto colocado, sobre el inquieto Oceano de Asturias; (go las tropas Sarracenas , que á su cartiene el fuerte Alabor en esta costa, se van ya de su orden congregando, y estarán prontas al primer aviso; impacientes y altivos los soldados, esperan alcanzar el honor alto de seguir vuestra orden.

Mun. Yo agradezco (tanto su zelo y tu obediencia. Mientras que tomo otras medidas, ve al castillo, repasa su custodia , y á palacio vuelve despues á preparar la guardia; sobre todo Kerim , sigue los pasos de Rogundo , y observa sus acciones. (formaros. Acmeth , de lo demas podrá in-

ESCENA QUINTA.

Munuza.

Mun. En fin , bella Ormesinda , estos desvelos, (abraso, esta ardiente inquietud en que me me abrirán un camino para el trono. (mano Yo aspiro á ser tu esposo , mas mi no osaria enlazarse con la tuya, sino ganase un cetro. Ah ! si al alhago de regirle se ablandan tus desdenes, dichosa la inquietud que te consagro;

de

de Gijon los soberbios moradores te verán en mi Corte, y á mi lado ceñida la diadema, en tu presencia doblarán la rodilla, y enlazados de nuevo los leones y las lunas, serán en mis insignas el espanto de los pechos rebeldes. Miserable del que á mi amor se oponga temerario.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Ormesinda. Ingunda.

Ormesinda se dexa ver en el fondo del teatro, con ayre muy triste y doloroso, se va acercando al frente de la Escena, con mucha pausa, Ingunda la sigue demostrando tambien su sentimiento con algunos ademanes de compasion.

Orm. A dónde estoy? A qué mansion horrible (ciertos me han conducido? Apenas los pasos puede formar el pie cobarde... (miedo Por todas partes el pavor, y el se ofrecen á mis ojos, donde envia la triste luz un resplandor funesto... (tino! Para este nuevo horror... Cruel desme vuelves á la vida?... Yo preveo los mas terribles y funestos males que me prepara un opresor violento, (tio, y expuesta mi inocencia en este si- por blanco á sus furioses, dudo, temo, y muero de dolor... A qué funesta situacion me reduces! Oh hado adverso! (mante! Ay hermano infelíz! Ay triste a- El dolor que amenaza vuestros pechos, redobla la amargura del que sufro.

Ing. Consolaos, Señora, y de mi afecto oid la voz.

Orm. Ingunda, no interrumpas el curso de las lagrimas que vierto: combatida de angustias y temores, solo hallará en el llanto algun consuelo mi triste corazon.

Ing. Pero Señora, (to: no os dexeis oprimir del sentimiento miro enternecida vuestro llanto; vuestro dolor es justo, os lo confieso;

pero antes de ceder á una congoja, es forzoso pensar en su remedio; una bárbara orden de Munuza os tiene en su palacio; sus intentos pueden congeturarse; sin embargo, yo no creo, Señora, que violento olvide en este dia quanto os debe á vos, y á D. Pelayo de respetos; quizá pretende solo...

Orm. Calla Ingunda, dexa de atormentarme: el mas violento insulto cometido en mi persona, no me hará recelar? tus ojos vieron con qué extremos de furia, y de violencia (gos me condujo su guardia: ni mis ruehumildes, ni mis lagrimas amargas pudieron reprimir el vil intento del inflexible Actmeth: abandonada de mi familia, sola, sin consuelo, y en un mortal desmayo sumergida, á este odioso palacio me trageron los crueles ministros de su orden, y quando vuelvo á recobrar mi aliento.... (sentan Oh Dios! Mira qué objetos se pre- á mis ojos! y qué temer no debo que Munuza atropelle mi decoro? Ah! despues de este arrojado sus intentos (angustia, quizá pronto... Pero ay! En esta quién me dará favor? Querido dueño?

tier-

tierno Rogundo! A dónde está tu brio?

Ormesinda pelagra. Un ribal fiero insulta su virtud, y tú tranquilo no corres á librarla? Qué el perverso osará despreciar á la que adoras? Pero triste de mí! Quizá el afecto de Rogundo.... Quién sabe si dudoso

ya no aspira á lograr un himeneo, que ha de costarle riesgos y combates?

No lo dudes Ingunda; este silencio que reyna en el palacio de Munuza, convence mi desdicha; los extremos

y furias de Rogundo deberian ser una prueba de sus ansias. Pero Rogundo ya no me ama, y me abandona. (miento

Ing. Y creereis capaz de un sentimiento vil al corazon que por vos arde? Tan baxo proceder cabrá en su pecho?

(puro Hareis vos á su amor constante y agravio tan cruel? Si va á perderos, quando os va á ver robada, y ofendida,

le añadiréis tan barbaro tormento? Quizá Rogundo ignora esta desdicha;

pero quando penetre los proyectos de Munuza, tal vez demasiado pronto... Ah! permita favorable el cielo

(ruina! que su amor no acelere vuestra En fin si él olvidase sus derechos, creéis que los valientes Asturianos no armarán su valor por defenderos?

A pesar de las artes de Munuza, vos sabéis quanto anhelan el momento

de sacudir un yugo intolerable, el cielo está propicio á sus deseos, el arribo de Suero, os asegura (luego; que vuestro hermano volverá muy

entonces su presencia....

Orm. Ah! quán en vano pretendes adular mi sentimiento.

No da treguas el riesgo en que me hallo,

y en la presente angustia, ya no tengo (injusto;

quien me pueda librar de un brazo el vil perseguidor astuto y diestro,

supo ocupar en Cordova á Pelayo, y quién sabe si acaso con su acuerdo,

(Moro complice en mi desdicha el Xefe

detiene hallá con frivolos pretextos la vuelta de mi hermano? Ah! de

qué tramas

no son capaces los alevos pechos! Pero en tanto yo pierdo vacilante,

un tiempo muy precioso: amante tierno, (Ingunda,

tu me abandonarás? No. Corre Inbusca á Rogundo, dile... Pero cielos!

(amiga, Munuza viene aquí... Qué horror, dile, dile que venga, ó que yo muero.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Ormesinda. Acmeth. Kerim. Ingunda.

Mun. Kerim, haz que la guardia esté dispuesta (blo

para el primer aviso, (1) tú del pue- observa los semblantes, y á Ro-

gundo nunca pierdas de vista. (2)

Orm. Justo cielo! Habrá dolor que iguale al dolor mio!

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda.

Mun. Ya Señora, mi amor y mis deseos

llenos de la alta gloria de miraros, á

(1) *A Kerim.* (2) *A Acmeth.*

en esta habitacion, se han satisfecho;
sin embargo, poseo esta fortuna
á costa de un dolor; el blando rue-
go (ni orden
de Acmeth, que fué á llamaros de
hubiera sido inutil, si mis zelos
(pribandoos de sentido) no se hu-
biesen (mento:
declarado por mi en aquel mo-
saben ellos las fieras inquietudes,
que este accidente conmovió en mi
pecho, (tros ojos
ya en fin, bella Ormesinda, vues-
honran estas paredes, y ya os veo
donde debeis mandar como Señora;
pero si acaso mi amoroso fuego
no os encuentra piadosa, si ahora
mismo
mi tierno amor irrita vuestro ceño;
mucho dolor se mezclará á mis glo-
rias!

Orm. Tan afligada estoy, que á penas
puedo (bras:
dar el preciso aliento á mis pala-
vos habeis ultrajado mi respeto,
y á pesar del honor, y la decencia
por medio de un insulto el mas or-
rendo,
me hicisteis conducir á este palacio;
venis aqui á buscarme, y quando
espero (cia
que me deis la razon de esta violen-
solo me hablais de amor. Pues qué
mi pecho (ble
despues de una desgracia tan sensi-
temerá otra mayor? Pero dexemos
de recordar una pasion odiosa;
mal podrá el corazon oir sus ecos
lleno de otras mas graves inquietu-
des. (exceso
Decidme pues, Señor, qué grave
me hace ser hoy objeto miserable
de vuestra tirania? Quando os veo
pronto á olvidar mi estado, y mis
mayores,
no se si miro en vos un juez severo,
que intenta condenarme, ó un tirano
entregado al furor de sus deseos.

Pero nunca Señor, las santas leyes
oprimen la inocencia, y yo sos-
pecho
que vuestro proceder....

Mun. Señora, en vano
baldonais un delito, que mi afecto
debiera disculpar. El amor solo
ha podido inspirarlo, os lo confieso.
Pero quando el ardor con que os
adoro, (vuestro
no sirva de disculpa, el desden
hará menor la ofensa. Apenas puse
mis plantas en Gijon, y apenas vie-
ron (tro,
mis tristes ojos vuestro ingrato ros-
os rendí el corazon. Un cruel silen-
cio
retiró esta pasion de vuestro oido.
Yo resistí su impulso, y conociendo
que serian sin duda vuestras gracias
del todo inaccesibles á mi ruego;
solicité olvidaros. Por lograrlo
se esforzó el corazon; pero ah! quan
cierto
es que el amor arrastra el alvedrio!
La misma resistencia, y el silencio
atizaron el fuego de mi llama;
su ardor me hizo traicion, rompí
el secreto, (vano,
os declaré mi amor, y empleé en
ternuras y suspiros por venceros:
todo con vos fué inutil. Nada pudo
ablandar el rigor de vuestro pecho;
siempre un frio desden fué triste
paga (gos
de mis ardientes ansias; y á mis rue-
embueltos en el llanto, y la ter-
nura, (cio.
siempre opusisteis un cruel despre-
Por completar mis males D. Pelayo,
que era complice acaso en vuestro
ceño,
ingrato á mi amistad, y mis favores
pretendió destinaros á otro dueño,
tal vez el corazon mas reverente,
sus limites señala al sufrimiento,
y asi cansado el mio de un desaire,
injurioso á su ardor, y su respeto,

supo dictarme un medio que aquiesciese (tiempo. mi gloria, y mi pasión á un mismo Orm. Y qué? Debió quietarse vuestra gloria (dio á costa de mi fama?... Ese vil me ofende demasiado mi decoro, y no pudo adoptarle vuestro ceño, sin bulnerar mi honor, y el de mi hermano.

Mun. Vuestro hermano no ignora que mis ruegos (dos; fueron mas de una vez desatendi- su ingratitud produjo estos extremos. (pa?

Orm. Y os parece bastante esa discul- Pues qué? devió Pelayo en me- nosprecio de una promesa santa lisongearos con vanas esperanzas, quando el fuero (nes, de los Godos, la ley de las nacio- el cielo, y la razón dan un derecho firme y sagrado al prometido es- poso? (primero Vos sabeis, que Rogundo fué el que le arrancó la oferta de mi ma- no. (po

Por eso mi desden en ningun tiem- podrá justificar vuestra conducta, él era solo un natural efecto (ron, del recato que siempre me inspira- la virtud, el honor, y el nacimiento: vos lo hubierais notado, si miraseis mis rigores con ojos mas serenos, Y por qué presumís que yo insen- sata, tratase solamente de ofenderos, á vos, de cuya mano están pendien- tes (olo?... el bien y el mal de este infelice Pue- El honor ha reglado mi conducta: yo respeto sus leyes, y os protesto que ellas solas me dictan estas voces. Pero Señor, vos mismo que en el centro

estais de las grandezas y las dichas podreis desatenderlas?... No, no creo que en vuestro corazon quepa esta mancha; si al amor hasta aqui seguisteis ciego, seguid ya del honor, que por mí os habla, la religiosa voz, y obedeciendo á sus inspiraciones, alexadme de esta ingrata mansion, volvedme al seno (felice de mis padres, y haced que una in- pueda tranquila ver la luz del cielo.

Mun. No, Señora, ya estarde. No es posible revocar una empresa, cuyo efecto debe ser mi quietud y vuestra gloria. Vencido el primer paso ya no puedo volverme atrás. Un público desaire quando estoi á la frente del gobierno tendria mui fatales consecuencias. Vuestro hermano y Rogundo, veran luego que yo mando absoluto en este sitio y que nadie....

ESCENA CUARTA.

Munusa. Ormesinda. Ingunda. Acmet.

Acmet. Señor.... (1)

Mun. Acmeth, qué es esto?

Acmet. A pesar de una inutil resistencia, Rogundo....

Mun. Acaba, dí.

Acmet. Se acerca.

Orm. Cielos!

Yo temo que se pierda.

Acmet. Apenas supo que estaba aqui Ormesinda, quan- do lleno (sa de orgullo quiso averiguar qué cau- la tenia en palacio. En el momento se dirigió á este atrio. Vuestra guardia se le quiso oponer, pero su esfuerzo penetrando las picas... Mas él llega.

ES-

(1) Acmeth que entra con alguna aceleracion.

*Munuza. Ormesinda. Rogundo. Acm.
Ingunda.*

Rog. Yo venia (no sé si á pesar vuestro)
Señor, á dedicar á esta Princesa (to
mis humildes obsequios; pero advier-
que me estorvan el paso: desde
quándo

le es á Rogundo ilícito el acceso
hasta vuestra presencia?

Mun. Desde hoy mismo; (peto
y esta es la última vez, que mi res-
sufrirá una pregunta tan osada. (po

Rog. Los nobles de Gijón en otro tiem-
con su presencia honraron este sitio:
vos mismo les rogabais menos fiero
viniesen á palacio; hoy orgulloso
su entrada les negais. Pues qué mis-
terios (nos

anuncia esta mudanza? Qué, negar-
quiereis una fortuna que violento
quizá usurpais vos mismo? Habis
pensado

disfrutar sin testigos el supremo
honor de acompañar á esta Princesa?
Y sus fieles paisanos que su aspecto
les consuela de pérdidas tan grandes
no podrán dedicarla algún obsequio?
En fin, Señor, ausente Don Pelayo
quién tiene mas legítimo derecho
para velar sobre su suerte?

Mun. Basta,
no puedo sufrir mas. En este puesto
ninguno debe osar reconvenirme
sobre quanto dispongo. A vos, al
Pueblo

y aun al mismo Pelayo, mi voz sola
puede dictarles leyes, y preceptos.
Yo soi aquí absoluto, y en mi mano
se hallan reunidos los derechos
de una entera conquista.

Rog. Y la conquista
pudo adquiriros el poder violento
de profanar los vínculos mas Santos?
La fuerza y la imbasion hicieron
dueño (Moro
de esta Ciudad al Moro; pero el

contentó su ambicion con el ter-
reno

sin pasar á oprimir nuestro alvedrio:
Y vos quereis por un culpable ex-
ceso

extender el arbitrio de la guerra
hasta los corazones? Nuestros cuellos,
nunca sugetos á un extraño yugo,
se doblarán á vos? En fin, yo vengo
á que restituyais á la Princesa
al seno de su casa. Despues de esto
yo no os disputaré las facultades,
y qualquiera que sea el poder vues-
tro

será para Rogundo en adelante
del todo indiferente.

Mun. No gastemos
en frívolas razones los instantes:
retiraos al punto. Y os advierto,
que no saldrá Ormesinda de este sitio
sin órden de Munuza. Ydos, so-
berbio,

y agradeced á su presencia amable
que os dexo sin castigo.

Orm. Yo no puedo
sufrir tanto dolor!

Rog. Cruel! A dónde
aspiran vuestros pérfidos deseos?
Ormesinda en poder del vil Munuza!
Olvidais vos mi sangre, y mis de-
rechos?

Sabeis que soy el dueño de su mano?

Mun. Solo sé, que su mano es un
supremo

don, que me ha reservado la fortuna.

Rog. O gran Dios! qué es lo que oigo!

Orm. Santo cielo!
aun faltaba este colmo á mis an-
gustias? (tentos

con que en fin vuestros bárbaros in-
están ya declarados?

Mun. Si Señora,
yo os descubrí mi amor; y á qual-
quier precio (piros

debo ser vuestro esposo: los sus-
que os dediqué: los repetidos ruegos
á que humilló el amor mis altiveces,
hicieron mas difícil el intento

con

con vos , y vuestro hermano. Este
desaire
no ha de sufrir Munuza, y pues los
medios
suaves y rendidos no han vastado,
quiero ver si aprovechan los vio-
lentos.

Rog. Pero vil, los servicios de Pelayo,
el honor de Ormensinda , mis de-
rechos,
todo será olvidado en un instante?
Y quando destinado á este gobierno
debeis ser el custodio de sus leyes,
(infel á la amistad , y al deber vues-
tro)
sereis vos el primero que las viole ?
Por ventura , ignorais que soy el
dueño
de la adorable mano de Ormesinda?
Que autoriza mi dicha el mismo
cielo ?
Que un tratado solemne confirmado
en nuestros propios fueros...

Mun. Vuestros fueros,
yacen con sus autores en la tumba;
los alegais en vano. El Sarraceno
es hoy legislador. Y en adelante
no habrá en Gijon mas ley que mis
preceptos. (clarado

Rog. En fin ya el labio impio ha de-
todos vuestros sacrilegos intentos.
Pero esperais que tan infame yugo
podrá sufrir cobarde nuestro pueblo?
Creeis que el infortunio ha desten-
rado (pechos?
la virtud , y el honor de nuestros
Que el amor á la patria , afecto santo
que dió siempre la ley en este suelo,
y cuyo ardor jamás habeis sentido,
no nos podrá inflamar entre los
yerros (brazo ?
que infelizmente arrastra nuestro
Nos juzgais tan cobardes? No, per-
verso, (rianos
no creais que en los pechos Astu-
cabe tan vil flaqueza. Esos proyectos

irritan demasiado su brabura:
gloriaros no podreis en ningun
tiempo
de haberlos ultrajado impunemente.
Temed, traidor, que nuestro heroico
esfuerzo
castigue la perfidia , y sus autores.
Temed , por vos y vuestros compa-
ñeros,
temed, en fin, que con el tiempo sea
de nuestra libertad , su sangre el
precio.

(1) Entre tanto , Señora , consolaos,
y esperad de mi amor , y mi despe-
cho, (siempre
que os sabré defender , buscando
la venganza ó la muerte.

Mun. Deteneos.

Los moradores de Gijon, no ignoran
quánto vale mi voz , pero un exem-
plo
nuza:
hará ver de una vez quien es Mu-
ola , Guardias.

ESCENA SEXTA.

*Munuza. Ormesinda. Acmeth. Igunda.
Kerim.*

Ker. Señor?

Mun. Escucha.

Orm. O cielo!

qué intentará el cruel

Mun. Aseguraos

de Rogundo; llevadle con secreto
al Castillo , y cuidad de su persona.

Orm. Señor:::-

Mun. Llevadle al punto.

Rog. Ya comprendo (bargo
qual vá á ser mi destino. Sin em-
espero , que la cólera del cielo,
mirando tu crueldad , y mi inocen-
cia,

volverá contra tí todo su ceño:

temelo, por lo menos, monstruo hor-
rible. (versos

La dicha no es durable en los per-
Mun. Retirate, infeliz , y no presumas
que

(1) *A Ormesinda.*

que me irritan tus voces. Los dieterios
suenan mal en la boca de un rendido.

ESCENA SEPTIMA.

Munuza. Ormesinda Acmeth. Ingunda.

Mun. Señora, aprovechaos de este
ejemplo:

en él vereis la suerte que preparo
al que resiste al vivo mis proyectos:
idos á vuestro quarto, y advertida
de que muy luego un público hime-
neo

(ofendido,
nos debe unir; mi amor, aunque
os conservó hasta ahora los respetos
que á vuestra edad y sexô se debian.

Sin embargo, sabed que el mismo
afecto

que no cedió jamas á los desdenes,
cederá aun á la sombra de los ze-
los.

Orm. Vos seguireis el rumbo que os
agrade.

(tos
Yo sé que mi opinion, y mis alien-
están por mi desgracia en vuestro
arbitrio,

mas no esperéis, Señor, que el ardor
vuestro

sea nunca aceptado de Ormesinda.
Firme siempre en su amor y sus in-
tentos,

á su obligacion y á su decoro,
jamás podrá aprobar vuestros de-
seos:

contra la persuasion y los suspiros
se hallan tan prevenidos mis afectos,
que intentareis en vano sorprender-
por este rumbo. En fin si fiero

(me
para rendirme usais, como presumo,
de un violento poder, el justo cielo,
á cuya sombra la virtud respira

sabrà poner á vuestra audacia freno.

ESCENA OCTAVA.

Munuza. Acmeth. (res

Mun. Anda, muger ingrata. Esos rigo-
no podrán mitigar el vivo incendio

que mantiene en mi pecho tu her-
mosura.

(vio
Acmeth, tú ves cómo un rival sober
me insulta, aún oprimido en las ca-
denas;

(sexô,
que Ormesinda, á pesar del mismo
inmovil á la vista del peligro
descubre sin rebozo un odio eterno
al enlace que fino la preparo....

Y no he de triunfar de su desprecio?
Devil esclavo de sus vellos ojos
gemirá siempre en vergonzosos hier-
ros

(guen
mi triste corazon, sin que le obli-
un duro amor, y unos amargos ze-
los

á romper, ó estrechar el fatal nudo?
No puedo sufrir mas. Yo me re-
suelvo

á celebrar este funesto enlace: (cio
una vez declarado, á qualquier pre-
se deben sostener los intereses

de mi amor y mi gloria. Parte al
templo,

(re
haz que todo al momento se prepa-
para la ceremonia. Antes que el
cielo

(che
se cubra con las sombras de la no-
quiero que se concluya este hime-
neo,

corre... pero tú dudas?.. Qué recelas?

Acme. Quanto vos ordenais, en el mo-
mento

correré á executar, pues solo aspiro
á serviros rendido; pero debo,

Señor, representaros, que este golpe
vá á destruir los rapidos progresos
que hicieron hasta aquí vuestras vic-
torias:

(pueblo
vos no ignorais que habitan este
muchos bravos amigos de Rogundo,
que se van á irritar. El himeneo

que os enlaza á la sangre de Pelayo
celebrado en Gijon por unos medios
tan duros, y violentos, es forzoso

que mueva contra vos quantos aceros
manejan los feroces Asturianos:

vos conoceis muy bien el ardimiento
de

de estos fieros , y altivos naturales:
criados en los montes , sus recreos
fueron siempre la lucha , y los com-
bates:

(tos aun los brutos, Señor, no están exen-
del golpe de sus mazas, y sus chuzos;
y aunque pocos sabrán á vuestro
intento
oponer una fuerza irresistible,
nos hallamos sin gente ; está muy
lexos (todo,
quien nos pueda ayudar , y sobre
nuestra causa es injusta, quando ellos
llevando la razon en favor suyo,
lidarán arrestados por sus fueros,
su libertad , su honor , y sus hogares;
Señor , dexad que el disimulo , el
ruego

(mesinda:
y el tiempo mismo ablanden á Or-
presentadle las glorias del gobierno
con mano menos dura , y ofrecedle
un amor mas sufrido. El rendimiento
y la ambicion podrán al fin vencerla,
y quando no, Señor, vuestros deseos
tienen siempre un recurso á la vio-
lencia;
sufrid, pues.

Mun. Y entre tanto seré objeto (ta?
del barbaro desprecio de una ingra-
La veré siempre sorda á mis requie-
bros, (insulta?
mientras su amante en la prision me
Y quando sufro en mi abrasado pecho
un infierno de zelos , y de ansias
quereis que el disimulo , y que los
ruegos (desaires?
me expongan cruelmente á otros
No , Acmeth. Los males graves , y
violentos
no se pueden templar con lenitivos;
vea Gijon la llama , y el acero (me.
en mi mano , y aprenda á respetar-
No obstante, estimo tú rendido zelo,
y en prueba de que aprecio tus avisos
no marcharé al altar , sin que primero
escuche mis razones Ormesinda:
Parte pues, y executa lo que ordeno.

ESCENA NONA.

Mun. Ormesinda cruel! En este ins-
tante,

á pesar de tu odio , y de mis ze'os,
la apacible memoria de tus gracias,
inflama nuevamente mis deseos.
Tú triunfas inhumana ! Pero teme
de un amante zeloso los extremos,
la muerte de tu hermano , y de tu
amante,
la ruina de tu patria ; los funestos
efectos de mi furia , y mi cuchilla,
serán corta venganza de un desprecio.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Mun. Ormesinda.

Mun. Segunda vez mi enamorado
pecho

quiere , bella Ormesinda , repetiros
las pruebas de su ardor y su firmeza;
vos me habeis irritado y ofendido
pagando con desdenes mis bondades.
Yo pudiera vengarme , en este sitio
ninguno lo estorvara , vuestro her-
mano

en un clima distante está tranquilo;
suspira entre cadenas vuestro amante,
en lo interior del fuerte sus amigos
confiesan mi poder, y en Gijon nadie
es capaz de oponerse á mis de-
signios;

sin embargo, resuelvo perdonaros:
yo os amo tiernamente , y este fino
exceso de bondad lo persuade.

Unicamente atento á vuestro hechizo,
vos sola me ocupais. Quantos pro-
yectos

(gerido,
la ambicion , y el amor me han su-
todos han conspirado á vuestra
gloria:

mis ideas promueve el cielo mismo,
y la fortuna , la ocasion , y el tiempo
van de acuerdo con todos mis de-
signios:

vos sabéis que los Moros, ocupados en llevar el furor y el exterminio al fondo de las Galias, penetraron los Pirineos; que el furor activo de innumerables tropas Sarracenas, inunda aquel País, que divertido el Africano en esta heroica empresa abandona la España al desperdicio de las tropas; y en tanto que sus

huestes asne lan la Gascuña, los Castillos, y las Plazas de Asturias, se confían á unos viles soldados, que vendidos con oro, y con promesas están prontos

(piro á seguir mi estandarte. En fin, yo as á hacerme proclamar por Rey de Asturias,

(hechizo y á elevar mi fortuna, y vuestro al trono de Gijon. Pero no obstante no creais que el orgullo ha dirigido mis ideas, y altivas ambiciones, (co solo el amor constante que os dedilas pudo sugerir. Que dulce gozo inundará mi pecho, si consigo ceñiros en Gijon la Real Diadema, poniendo en vuestra frente el distinguido

adorno, á que los cielos os destinan! De vuestra amable mano, y vuestro arbitrio penderán desde hoy los intereses del Español, los vuestros, y los míos.

Por paga de una oferta tan ilustre solo exijo un pequeño sacrificio.

Olvidad á Rogundo. El será siempre victima de mis zelos, y si digno se cree aun de vos, y vuestra mano, sola esta presuncion es un delito (jo que le hará triste objeto de mi enoél morira zeloso, ó preferido....

Pero yo he de deber esta victoria á la venganza? Se que á un ribal digno, no vence otro ribal, aunque le oprima;

solo triunfa en amor el mas querido:

y yo espero que arranquen esta dicha

de vuestra gratitud, mis beneficios.

Orm. En vano lo esperais. La fé obligada,

la virtud, el honor, y el cielo mismo me mandan, que no acepte vuestros dones;

el corazon los mira agradecido, pero aquellos sagrados intereses conducen ciegame nte mi alvedrio al legítimo lecho de Rogundo:

el trono, vuestra mano, y los partidos

(nunca que me acabais de hacer, llegarán á vencer mi constancia; los estimo, Señor, y al mismo tiempo los renuncio:

veo tambien que vuestros beneficios me harian infeliz. En fin, qué gloria podrá adquirirme el trono conseguido

al precio de una infamia, si ceñida del angusto diadema, entre sus brillos se dexase observar todo el oprobio de una alma infiel, en mi semblante escrito?

(tante La ambicion vive siempre muy disde los pechos virtuosos, y asi el mio bien lexos de aceptar un trono injusto, irá á ofrecer contento en sacrificio al templo del honor, los dones vuestros;

(mismo pero por qué os persuado si vos quizá me haceis justicia interiormente?

(sigo Vos conoceis muy bien que solo las leyes del honor y la decencia,

Y podré presumir que vuestro brio esclavo de un afecto pasagero, que es hijo del acaso, ú del capricho, las quiere atropellar indignamente?

Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos

(nombre, no han confirmado aun tan dulce no por eso estará nuestro alvedrio mas libre de las leyes que se ha impuesto,

vos no las ignorais, y yo confio
que sabreis respetarlas.

Mun. Y entre tanto (altivo
quereis que de Munuza el nombre
sea un objeto de burla al universo?
Quereis que sobre el trono á que
yo aspiro

obscurezca mis glorias el recuerdo
de un público desayre, repetido
por el mismo rumor que las divulgue?
Quereis en fin que un pueblo que os
ha visto

traher á mi Palacio, y que conoce
mi amor, mis inquietudes y suspiros
ose menospreciarme á vuestro
ejemplo (nios?

y se oponga orgulloso á mis desig-
No señora. Primero en su venganza
será Munuza escándalo del siglo (so
que se humille al extremo vergonzo-
de apreciar un estorvo tan indigno.

Rogundo morirá, y el mismo acero
que corte su cerviz tendrá otro filo
para romper señora el lazo odioso
con que se unen el vuestro, y su
destino:

tal debe ser su suerte si me ofende;
pero si él mismo os cede, habré
cumplido

con el honor que me alegais en vano.
Para evitar el triste precipicio
que preparo á sus locas esperanzas,
es forzoso que elija este camino.

Y en fin, pues sus derechos nos es-
torvan, (mismo
que él venga, y que decida por sí
de su suerte, y la mia. Guardias, ola.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Ormesinda. Kerim. Soldados.

Mun. Traed aqui á Rogundo del Cas-
tillo (1).

(1) Kerim entra, recibe el orden, y se vá con los soldados. (2) De rodi-
llas. (3) A Rogundo.

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda. (tante

Mun. Sus labios van á ser en este ins-
arbitros de su vida, y su destino,
y una palabra inclinará el decreto
hácia su libertad ó su castigo. (males

Orm. Pero cruel! Despues de tantos
con que se halla mi pecho combatido,
y quando estoy cercada de aficciones
me obligareis tambien á ser testigo
de esta prueba cruel? Podré tranquila
ver turbado á mi esposo é indeciso
entre la muerte, y el rabor? dexadme
á lo menos que huya de este sitio,
donde va á ser mi mano desgraciada,
triste asunto de horrores, y peligros.

Permitid (2).

Mun. Deteneos.

Orm. Cielo santo!

Rogundo viene.

ESCENA CUARTA.

Rogundo. Kerim. Soldados, y los dichos.

Rog. O Dios! Qué es lo que miro!
Así triunfa el traydor de la inocencia!

Mun. (3) Acercaos, Señor. Vuestro
enemigo (na.
no ha resuelto del todo vuestra rui-
Si quereis, aun os queda algun par-
tido

para salvar la vida, aprovechadle,
y respetad la fuerza del destino.

Rog. Para las almas nobles no es la vida
el mas sublime don: son harto in-
dignos (preferen:
los que al buen nombre, y fama la
creedlo así, y hablad.

Mun. De mi cariño
bien podeis prometeros uno y otro:
un próximo himeneo debe unirnos
á mí y á la Princesa. Ya estan pron-
tos

el aparato, el Templo, y el Ministros

y antes de mucho tiempo en lazo
 agosto
 del todo habrá enervado y destruido
 unos derechos que oponéis en vano;
 y pues debe la fuerza suprimirlos,
 creedme, y renunciadlos desde luego.

Solo para esto os llamo. Si vencido
 á mi razon cedéis el nombre inutil
 de esposo de Ormesinda, yo me olvidado

de todos mis disgustos, mas si acaso
 os empeñais tenaz en producirnos
 un título ideal é imaginario....

Si opuesto nuevamente á mis designios

os obstináis en disputarme el logro
 de un corazón á quien mi fe dedico,
 temed.... Pero no quiero recordaros
 hasta dónde pudiera resentido
 llevar mi justo enojo sus extremos:
 contemplad mi pasión para inferir-

Rog. Idea vil! proposición infame! (los.
 ay infeliz Princesa! ya el destino
 envidia nuestra dicha, y la combate.
 Munuza, en un discurso tan indigno
 ya no debo admirar vuestra malicia;
 este último rasgo dirigido

á sobornar ó amedrentar mi afecto,
 esa falsa bondad, y ese artificio,
 son un objeto vil; pero forzoso
 de vuestra tiranía. Solo admiro,
 que el mas sagaz de todos los tiranos,

(querido
 que el impostor mas diestro haya
 fiar á una experiencia tan inutil
 el suceso de todos sus designios.

Yo penetro hasta el fondo vuestras
 viles (cio

intenciones. Conozco que un supli-
 será efecto fatal de mi respuesta.

Pero cuándo han logrado los peligros

turbar á un corazón enamorado?

Ved si á vuestro furor cederá el mio
 unos derechos santos é inviolables

de que á mi vista os reputais indigno?
 Dexo aparte los medios indecentes
 porque aspirais (amante poco fino)
 á un sublime favor que se conquista
 solo con rendimientos, y suspiros.
 Dexo aparte tambien una promesa
 establecida sobre el nombre altivo
 del ilustre Pelayo, y confirmada
 con el voto comun de los Patricios
 de esta noble Provincia. No recuerdo
 mis grandes ascendientes confundidos

en la Real prosapia. Pero quando
 no tuviese mi amor estos precisos
 y sublimes apoyos de su parte,
 seria yo un amante tan indigno
 que abandonase el campo y la victoria

á un rival orgulloso, y mal nacido?
 os podeis prometer de mi constancia
 una acción tan infame? No. Yo estimo

con demasiado ardor esa esperanza,
 que os tiene tan zeloso, y los castigos
 (tiempo:
 no me harán renunciarla en ningun
 sé que voy á morir; vuestro artificio

para usurpar un pecho que idolatro,
 me expone á dos mortales precipicios.
 (tra

Pero antes de ferir la amistad vuestro
 al precio de una infamia, determino
 comprar con una muerte heroyca
 y grande,

la gloria de triunfar, y resistiros (1.)

Si Señora, yo sé que la vil rabia
 inspira á los tiranos abatidos

la venganza de todos sus desprecios.
 No es el que nos oprime mas benigno,

(gusto.
 y sé que he de morir pues le dis-

Pero en fin, si yo muero honrado
 y digno (toso:

de vuestro tierno amor, muero gustoso
 ojalá que la muerte, y los suplicios

ha-

(1) *A Ormesinda.*

hagan en vos eterna mi memoria.

Orm. Qué terrible dolor!

Mun. Habrá nacido (ingrato, hombre mas insolente! Con que, no os basta despreciar con pecho altivo

vuestra vida, mi gloria y mis favores, sino que osais soberbio y atrevido insultar mi bondad? y quando puedo con sola una palabra destruirlo, (1) quando al favor de mi piedad respira,

debo vivir expuesto á los indignos y groseros baldones del ingrato? Ola, (2) que le preparen un suplicio.

Orm. Bárbaro, qué intentais?

Mun. Kerim, llevadle.

Orm. Señor:- (3) (co: (4)

Rog. No le rogueis. Yo os lo supli- dexadme ir á morir, que pues no puedo

vivir en vuestros brazos, determino perpetuar con mi muerte, el dulce nombre (impio,

de esposo vuestro. (5) Sí, cruel, sí, por mas que suspirais por esta dicha no sabeis su valor ni sus hechizos;

y vuestro corazon es muy pequeño para poder juzgar cuánto la estimo; pero venid á verlo en mi constancia:

destrozadme, saciad vuestro apetito. Hierre, cruel, embriagate en mi sangre,

sea yo desde ahora objeto fixo de tu vil rabia; pero ten por cierto, que á vista del horror de tus suplicios,

cercado de las sombras de la muerte, lleno de sus angustias, y en el mismo

umbral del hondo reyno del espan- to,

se ocupará mi corazon tranquilo en la apacible, y venturosa idea de un nombre tan augusto, nombre digno

de conservarse al precio de mil vidas: título santo, que el favor divino concedió á mis legítimos deseos.

Tú serás en el último conflicto (no, mi gloria, y mi consuelo. (6) Sí, tira- y será al mismo tiempo tu martirio.

Vamos, Kerim. (7) A Dios, (8) in- feliz dueño. (primo

Mun. Qué osadia! No sé como re- mi cólera... quitadle de mis ojos, y que espire al momento en el supli- cio (9).

ESCENA QUINTA.

Acmeth, y los dichos.

Acm. Deteneos (10) Señor, (11) Señor.

Mun. Qué es esto? (cisos

Acm. Yo daba en este instante los pre- órdenes en el Templo, quando es- cucho

por todas partes tumultuosos gritos de alegría: pregunto receloso cuál de esta conmocion es el motivo, y acabo de saber que quando todos estaban en Gijon desprevenidos vieron llegar al Duque de Cantabria.

Mun. A Pelayo?

Rog. O gran Dios!

Orm. Cielo propicio (ves! en qué forzoso instante nos le vuel.

Mun. Yo no sé dónde estoy:: un re- pentino (á dónde:: (13)

furor... ah vil fortuna! (12) Pero

Acm.

(1) A Ormesinda. (2) A Kerim. (3) De rodillas. (4) A Ormesinda. (5) A Munuza. (6) A Munuza. (7) A Ormesinda. (8) Ormesinda cae como des- mayada en los brazos de Ingunda. Munuza se arroja en un sitio que ha- brá prevenido á un lado del teatro; Kerim y la Guardia conducen á Rogun- do, al tiempo de salir entra Acmeth apresurado los detiene, y va en busca de Munuza. (9) A Kerim. (10) A Kerim. (11) A Munuza. (12) Levantándose con susto. (13) A Acmeth.

Acm. Luego que tuve tan extraño aviso me encaminé, Señor, hasta su casa, allí le pude ver entre el bullicio de inmensa gente que le rodeaba, y por no perder tiempo, hácia este vuelvo.... (sitio

Mun. Qué triste acaso! Escucha (1) al punto (tillo, haz que á Rogundo lleven al Cas- y á Ormesinda á su quarto (2).

ESCENA SEXTA.

Mun. Acm.

Mun. En fin fortuna, (prichos tú has logrado abatirme. Tus ca- han agotado toda mi constancia. Muger inexôrable! Fiero hechizo de un corazon que adora tus des- denes, (no (3) yo cedo á mi rigor y á mi desti- Pero cruel! el tuyo está en mi mano y me quiero vengar. (4) Querido amigo (can, tú ves las confusiones que me cer- dirige mi razon, muestra un ca- de mitigar mis ansias. (mino

Acm. Solo es tiempo, Señor, de que penseis en preveniros para sufrir la vista de Pelayo, él vendrá aquí quejoso y ofendido, vos le debéis templar, y propo- nerle (nios, ántes que él os descubra los desig- que una vez declarados, ya es for- zoso sostener con vigor. Pero imagino que él se acerca á nosotros.

Mun. Pues bien, marcha y no te alexes.

ESCENA SEPTIMA.

Munuza. Pelayo.

Mun. Bárbaro destino, tú me humillas aún al que aborezco: (5) En fin, Señor, el cielo se ha mo- vido á mis freqüentes ruegos, pues os trae tan presto á mi presencia, los avisos que Suero en vuestro nombre me habia dado, suponen á Tarif muy indeciso sobre mis pretensiones.

Pel. Mis instancias (vencido, y el amor que os profesa, le han mi zelo acelerando los tratados, los concluyó por fin, y con un vivo deseo de llegar.... Pero Munuza, perdonad si dilato el instruiros de vuestros intereses, y entretanto que cesa mi zozobra, quanto miro, quanto escucho y advierto, me sor- prende.

Arrestado Rogundo en el Castillo, reclusa en el palacio la Princesa, turbado vos, el Pueblo sonmovido, mudos y misteriosos los semblantes; todo me hace temer algun designio, en que quizás se ofende mi decoro. A la verdad, despues de mis servi- cios (biera y pruebas de amistad, yo no de- recelar que Munuza ha perseguido el honor puro de un amigo ausente; pero mil congeturas, mil indicios me llenan de zozobras, y os acu- san.

Mun. Señor, pues me haceis cargo de un delito, hijo de una sospecha, sin dar tiempo á

(1) Volviendo á Acmeth. (2) Munuza se vuelve á arrojar en el sitio, don- de guarda por un rato, un profundo silencio, entretanto Kerin entra por la Puerta del Castillo con Rogundo; y Acmeth por otra parte con Ormesinda, y éste último vuelve, y se acerca á la silla con silencio, sin que Munuza re- pare en él. (3) Se levanta. (4) Acmeth. (5) A Pelayo.

á que me justifique: ya es preciso
 enteraros de todos mis intentos;
 pero ántes permitid á mi cariño
 que os recuerde las gracias singula-
 res (mismo.
 hechas á vuestra Patria, y á vos
 Quando Asturias yacía sepultada
 debaxo de sus ruinas, y el pie al-
 tivo
 del Africano, hollaba este terreno,
 como su vencedor, los beneficios
 que repartió la diestra de Munuza,
 templaron de un despótico dominio
 y un cautiverio, el insufrible yugo;
 colocado en Gijon, á sus vecinos
 y á los próxîmos pueblos dicté le-
 yes,
 no como substituto de un altivo
 Conquistador, sino como un Pa-
 triota
 que sentia mirarlos oprimidos.
 La nobleza de España, y de los
 Godos, (cos,
 á quien la guerra retiró á estos ris-
 halló baxo el amparo de Munuza
 un inviolable y natural asilo:
 vuestros Altares, leyes y costum-
 bres,
 tuvieron un pacífico exercicio;
 y de esta Capital los moradores
 lograron mi amistad: muy buen tes-
 tigo (bierno,
 sois vos de la blandura de un go-
 que en mano menos suave hubiera
 sido
 un exemplo quizás de las miserias,
 que suelen oprimir á los vencidos.
 Pero nadie de todas mis bondades
 en este clima pareció mas digno,
 que el hijo de Favila: á mi con-
 fianza
 os admití, tratándoos como amigo,
 y despreciando la razon de estado
 que os hacia temible al Berberisco,
 el presuntivo sucesor del trono
 que perdieron los Godos, distin-
 guido
 se vió con la privanza de Munuza.

Para afianzar mas bien nuestro ca-
 riño (nura
 os pedí á vuestra hermana; mi ter-
 os creyó favorable á este designio.
 Sin desdeñar la súplica mi labio
 imploró vuestra alianza, y vuestro
 oido (milde
 escuchó con asombro el ruego hu-
 del que era á pesar vuestro en este
 sitio,
 árbitro soberano de las vidas;
 pero vos inflexible, mis suspiros
 apreciasteis tan poco, que un de-
 saire (cipios
 selló vuestra respuesta. En los prin-
 resolví con las armas en la mano
 vengarme de esta ofensa; y el eas-
 tigo
 en el primer arranque de mi enojo
 igual con el agravio hubiera sido.
 Pero amor y amistad me contuvie-
 ron: (picio
 yo esperaba encontraros mas pro-
 con el tiempo, y que fuese vuestra
 hermana
 menos fiera algun dia á mis suspiros.
 Ah! Quanto me engañaba! Quan
 en vano
 luchaba con la fuerza del destino!
 Quan sin fruto formaba un alto in-
 tento,
 cuya ruina trazaban mis amigos!
 En fin, para quitar todo recurso
 á mi ardiente esperanza, habeis
 querido
 acelerar la dicha de Rogundo.
 Mi fé vió con horror en este sitio,
 se hiba á encender la antorcha de
 himeneo;
 la amistad y el honor desatendi-
 dos,
 me irritaron contra un odioso en-
 lace,
 y disponiendo un desagravio digno
 de tan atroz ofensa, quando todos
 respetaban mi voz; ahora mismo
 Munuza vá á ser dueño de Orme-
 sinda.

Pel. De mi hermana? Gran Dios! Qué me habeis dicho? (acaso

Sois vos el que me hablais? Estoy soñando lo que escucho? Intento impio!

idea atroz! Proyecto abominable!

En fin, tu amistad falsa me ha vendido, (chac,

tú vil labio confirma mis sospechas y tu mismo rubor era un indicio de esta traicion..... Pero Rogundo, acaso...

Mun. Insolente, Rogundo se ha atrevido (dan

á ultrajar mi respeto; ya le aguardo por paga de esta ofensa otros castigos;

y pues debe, morir ninguna causa os debe hacer contrario á mis designios.

Pel. Y qué, no hay mas estorvos que resistan (digno

vuestra ambiciosa idea? Os creéis de que mi honor consienta en este enlace?

Y os parece tan fácil que el sobrino del último Rey Godo, á cuyas sienes debe la corona de Rodrigo, (nes quiera entregar la mano de su hermana (co

á un partidario infiel del Berberis. Sin duda el cielo próspero dá vuelta para estorvar tan pérfido designio.

Y en vano alegareis en favor suyo una falsa amistad, cuyos principios fueron el interés y la perfidia; amistad vergonzosa, que abomino léjos de agradecerla...

Mun. Sin embargo, aún os es favorable, pues reprimo mis justas iras, y sufro estos baldones: (millo

vos estais en Gijon, y yo me huía á implorar nuevamente vuestro agrado. (riño:

A esta atencion me obliga mi capero advertid, que sin el gusto vuestro,

puedo llevar á efecto mis designios y ponerlos con sola una palabra en situacion de ser menos temido. No obstante, desde hoy los intereses

de vuestra casa van á ser los míos, si aprobais este enlace; y desde luego

la corona de Asturias será digno adorno de las sienes de Ormesinda: con mi amistad, mi alianza, y mis auxilios,

podreis asegurar unos Estados, cuyo derecho está muy indeciso.

Estas y otras brillantes esperanzas os pueden lisongear, si mas benigno mi súplica otorgais. Pero si ingrato ajais con un desaire repetido mi decoro, temed que á la blandura sucedan el estrago, y los cuchillos.

Pel. Así vuestra política perversa usa de los mas viles artificios para lograr sus pérfidas ideas. Pero en vano intentais á mi honor limpio

poner ese borron abominable.

Pues qué? Vos aspirais desvanecido á usurpar de Gijon el cetro augusto? Esta nueva traicion será un motivo que me obligue cederos á mi hermana? (lito

Vos pretendéis por medio de un decomprar una injusticia, y muy ufano

me ofreéis de Vizcaya el Señorío para empeñarme en una accion infame:

tal es vuestra amistad, y estos designios

sediciosos, descubren su caracter. Poco contento con haber vendido la Religion, las leyes, y la Patria, al interés soez de ser caudillo de un ejército infiel, y muy soberbio,

con un poder infame, conseguido á fuerza de delitos y traiciones, quereis con este enlace esclarecido

cubrir todo el oprobio que os humilla.

Así las consecuencias de un delito son siempre otros delitos mas odiosos:

(cios y así por la ancha senda de los vi- quien dexó á la virtud, vá deslumbrado

(mo. cayendo de un abismo en otro abis- Hasta quando estareis, oh Dios eter- no!

sordo al clamor, inmovil al gemido de vuestro triste, y humillado pueblo?

Ved como contra él enfurecidos se elevan los tiranos. Pues qué España

no podrá sacudir el yugo indigno sin doblar la cervíz á otro mas duro?

(riscos No lo espereis, traidor, entre estos conserva nuestra patria muchos brazos,

que en este trance lucharán altivos hasta romper los vergonzosos hierros.

Aun viven Españoles: tiembla impío: persiguiendo á mi exemplo á sus tiranos,

ellos sabrán matarlos, destruirlos.

ESCENA OCTAVA.

Munuza.

Mun. Aun faltaba esta prueba á mi constancia?

Con qué fiero tesón, astro enemigo! Desconciertas y turbas mis proyectos?

Pero el fatal influjo del destino, podrá mas que mi rabia? Ola, solda-

ESCENA NONA.

Munuza. Acmeth.

Acm. Señor?

Mun. Querido Acmeth, yo estoy perdido,

(to anda, busca á Pelayo, y con secre- procura asegurarle en el Castillo; contigo irá mi guardia (1). Pero es- cucha,

este paso quizas será un motivo de sedicion para los mal contentos; el golpe es arriesgado... Si... Es preciso

seguir un rumbo menos peligroso, esto ha de ser. Ve al templo, que el Ministro,

la pompa, y los altares estén pron- para esta noche. Ingrato y fiero amigo!

(guros. Mi intento, y mi venganza estan se- La esposa, y el rival tengo á mi arbitrio:

burlate de mi alianza y mis favores, que yo haré que respetes mis desig- nios.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Pelayo. Suero, y algunos Ciudadanos de Gijon. Noche.

Pel. Suero, qué me decis?

Suer. Que he registrado el palacio, y en él todos descansan; Acmeth, se ha retirado en este instante

(dia; del quarto de Munuza con la guar- Ormesinda, tambien queda en el suyo.

Yo la ví, que medrosa y asustada se acercó á preguntarme por su hermano!

Ella está inconsolable, y recelaba de la misma quietud de su enemigo alguna infiel resulta; pero gracias al cielo, por ahora no hay sospecha que nos pueda asustar.

Pel. Oh dulce Patria!

Oh

(1) *Acmeth se retira y vuelve.*

Oh amable libertad! En favor tuyo,
buscan la obscuridad las nobles al-
mas.

Ilustres Caballeros, resto heroico
de la temible y oprimida España,
altivos corazones y briosos,
que ahogados del peso de las armas,
vecinos siempre al Javalí y al Oso,
conservais vuestra hacienda, y vues-
tras casas

(tes;
en la inculta aspereza de estos mon-
vosotros que debeis á vuestra espada
la posesion de los paternos lares,
la libertad, las leyes y las aras;
y vosotros en ñn, cuyos abuelos,
jamás sintieron su cerviz doblada
á un extranjero y usurpado yugo,
vais á ver en un punto sepultadas
vuestras glorias, á ser esclavos viles,
y á venerar las Lunas Africanas.

El destino que hoy lloran las Provin-
cias,

que están al Sur de Asturias retiradas
va á ser el nuestro, y dentro de es-
tos muros,

vereis que de repente se levanta
un trono infiel, á quien el Asturiano
inclina la rodilla. Con las armas
del bárbaro Agareno, á nuestros
ojos,

un traidor á los cielos, y á la patria
el perverso Munuza, va á mostrarse
en Gijon, como unico Monarca,
y á imponernos la ley, ensangren-
tando

(pada.
en nuestros cuellos su cobarde es-
La sangre ilustre de los Reyes Go-
dos,

(hermana,
que aun conservan las venas de mi
los restos de una extirpe, casi ex-
tinta,

(rana
ya es un objeto á la ambicion ti-
del malvado opresor, y esta infe-
lice

(da
despues de haberse visto atropella-
por los viles Ministros de un impio,
se destina á ser victima en las aras
de su indecente amor, en menos-

precio (cha,
del legitimo esposo. Obscura man-
que no podrá borrarse en ningun,
tiempo. (gracia,

Pero pluguiera á Dios que esta des-
formase unicamente nuestro susto.

Yo temo otras mas graves que mi
alma, (y llora.

llena de un justo horror, presiente
Quién de vosotros puede tolerarlas?

La descendencia de Ismael precita,
vendrá á reynar en la nacion mas
santa,

y á la torpeza vil de los Sultanes,
las ilustres doncellas destinadas,

poblarán la clausura de un Serrallo.
Los juvenes, honor de nuestra Es-

paña,
consumidos del llanto y las fatigas,
fallecerán cautivos en su patria:

Gemirá el tierno niño en las maz-
moras, (canas

y en el comun desórden, aun las
no podrán eximirnos del oprobio.

Oh inefable dolor! La augusta casa
de Dios, do resonaban nuestros

votos, (da.

será en Mezquita impura trasforma-
Al Sacerdote santo del Dios vivo,

el Musulman remplazará en las aras:
y en fin, el Alcoran será bien pres-

to,
fea substitucion de la ley santa.

Oh Dios! Solo este colmo de desdi-
chas,

podrá fixar vuestra adorable saña!
Tal es, bravos amigos, el destino

que el perfido Munuza nos prepara,
y muy luego sin un heroico es-

fuerzo,
la tempestad horrible que amenaza,
va á descargar sobre vosotros mis-

mos. (tancias,
Pero qué? En tan funestas circuns-

no habrá un noble recurso á las
proezas

(ma
del valor español? Qué, vuestra fa-
se dexará manchar tranquilamente?

Leed

Leed en sus anales, que la espada
de nuestros padres, supo en otro
tiempo asustar á las Aguilas Romanas...
Codiciosa Cartago vuelve á Astu-
rias, (trañas,
rompe este suelo, y mira en sus en-
el oro, porque en vano combatía!...
Si, amigos valerosos, nuestra patria
se debe restaurar á qualquier precio;
y esta noble Provincia, que en Es-
paña
fué la postrera en tolerar el yugo,
la primera será que con las armas
de sus fieros patricios le sacuda:
el tiempo de una empresa tan bi-
zarra,
es el ultimo instante del peligro:
ya nos vemos en él, está cerrada
la puerta á otros recursos. Uno solo
tenemos, que es lidiar por nuestra
Patria, (ta,
comprando con la vida que nos res-
ta la muerte, ó la victoria.
Suer. Qué desgracias
podrian entiviar el amor santo
que abriga nuestro pecho? Augusta
España (ro?
quién podrá consentir en tu desdo-
Señor, creed que nuestra ardiente
espada, (cro;
os seguirá hasta el borde del sepul-
y pues cada uno de nosotros trata
de conservar su honor y sus hoga-
res, (causa
no habrá quien no derrame por la
comun toda la sangre de sus venas.
Sin embargo, al presente es arries-
gada (alvedrio
qualquiera accion. Munuza, á su
dispone de las tropas. Esta Plaza,
por parte del Poniente defendida
de un gran fuerte, por otras ro-
deada
del ancho mar, no tiene mas salida
que una muy peligrosa, y será vana
qualquiera tentativa, si el auxilio
de los vecinos pueblos no separa

este estorvo fatal. Quizá sería
nuestra empresa, Señor, mas acer-
tada,
si tomando algun tiempo, se avisase
á los nobles dispersos, que se hallan
en lo interior de la Provincia.
Pel. Amigo, (danza
quando el riesgo es urgente, la tar-
y lentitud destruyen las empresas.
A la nuestra movida por la causa
del cielo, y del honor, ningun pe-
peligro (mas
debe servir de estorvo; nuestras ar-
aunque son hoy en numero inferio-
res (bradas
crecerán por momentos. Las que-
rocas de esta Provincia son asilo
de muchos combatientes, que la saña
del vencedor evitan en sus grutas,
y al mas leve rumor de las espadas,
correrán á engrosar nuestras Legio-
nes. (España,
-Quantos tambien en lo interior de
gimen en un preciso cautiverio
que vendrán á alistarse á esta co-
marca
baxo nuestro estandarte tremolado!
Y qué tropas en fin, qué heroicas
armas
opondrán á las nuestras los traidores?
El exercito infiel se ocupa en Fran-
cia
en derrivar los tronos que los Godos
tienen allí erigidos; y las Plazas
de Asturias, de Leon, y de Galicia,
se rinden hoy á una porcion escasa
de soldados Alarbes, que las cercan.
Animo pues, amigos, nuestra Patria
va á decir el valor de vuestro brazo,
su libertad: que gloria tan hidalga
para un patriota fiel!
Sue. Señor, tus voces
nuestra razon, y nuestro pecho in-
flaman: (ña
la inquietud que advertis, es una se-
del acento comun, y nuestra espada
estará pronta á herir en el mo-
mento

que vos habéis; pero esta acción
bizarra (lo
necesita un Caudillo. Y pues el cie-
conserva en vos la esclarecida rama
de nuestros Reyes, sedlo desde
ahora;

y entre tanto que Asturias, ayudada
de sus nobles, sobre un luciente
escudo

levanta en vos á su primer Monarca,
dignaos de aprobar nuestros deseos.

Pel. Mi amistad los acepta.

Sue. Ya está echada la suerte;

hablad, Señor.

Pel. Vamos al punto

á disponer el modo; y pues la saña
del opresor encierra en el Castillo
á muchos de los nuestros, cuya es-
pada

lidiará á nuestro lado, en socorrerlos
pensemos desde luego: (1) tu repara
en tanto las ideas de Munuza, (da
y pues no le eres sospechoso, guar-
con él una discreta indiferencia;

quizá esta precaución es necesaria,
y en qualquier contratiempo nos
conviene

penetrar sus ardides, y sus trazas:
idos. Al punto os sigo, quiera el
cielo

volver por nuestro honor, y el de su
causa.

ESCENA SEGUNDA.

Pel. Grandes é ilustres Manes de los
Heroes,

que oprimieron las furias Africanas,
triste sombra del misero Rodrigo,
augusta Religion, promesas santas,
ya ha llegado por fin aquel momento
en que deben los filos de esta espada
castigar tanto ultrage padecido!

Con la sangre de Agar, que nues-
tras lanzas

vaná extraer de los traidores pechos,

se lavará tu afrenta, ó dulce Patria!
y tu noble inquietud de los mortales,
tu amable pundonor, ven y em-
embriaga

nuestro fiel corazón con tus dul-
zuras,

infunde un santo ardor en nuestras
almas;

pero quien á esta hora? O Dios!
Munuza.

ESCENA TERCERA.

Munuza. *Acmeth...* *Guardias* (2)

Acm. Ya está la ceremonia preparada
con el mayor secreto. El sacerdote
mismo ignora el motivo, y de esta
rara

resolución ninguno se ha instruido.

Sin embargo, la creo algo arriesgada:

pocas horas habra que ví á Pelayo
profundamente triste, si le ultrajas
se ofenden sus amigos; de una
afrenta,

nace una sedición, y esta quebranta
los nudos de la paz. Tambien se ha
dicho

que Pelayo esta tarde convocaba
los nobles de Gijón... En fin... Yo
dudo...

Mun. Nada dudes, *Acmeth*, ni temas
nada:

yo voy á acelerar este himeneo,

y una vez concluido con su hermana,

será en él necesario el sufrimiento;

tal hay que corre ciego á la ven-
ganza (ma;

de un agravio, y al fin no la consu-
el tiempo, el ruego, y la razón le
aplaquen.

Pero acaso Pelayo ó sus amigos
osarán oponer su fuerza flaca

contra el único dueño de sus vidas?

Acmeth, todo promete á mi espe-
ranza

un suceso feliz, aun el tamaño
de

(1) *A Suero.* (2) *Con hachas á lo lexos.*

de esta accion peligrosa, y temeraria
basta para asustar á los cobardes.

Ve en busca de Ormesinda, haz que
se traiga

á mi vista, yo quiero prevenirla.

Acm. Ella viene hácia aqui, Señor.

Mun. Pues marcha,

y haz que todo esté pronto.

ESCENA CUARTA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda. (1).

Orm. Perdonadme,

Señor, si vengo en hora tan estraña
á interrumpir vuestra atencion;
dignaos

de decirme si acaso mi desgracia
ó vuestra ira alexan de mis brazos
á un hermano infeliz. Yo desdichada
podria consolarme en su presencia;
pero vos retirais de quanto ama
á un corazon, que en nada os ha
ofendido. (infausta

Mun. Otra inquietud mas grave, y mas
ocupa el de Munuza en este instante,
y él os va á dar la última, y mas clara
prueba de su pasion, y sus bondades.
Quando intento mostraros de mi
saña

todo el resentimiento, me detiene
no se que oculta voz que por vos
habla;

vos ignorais sin duda todo el riesgo
á que os espuso la cruel constancia,
con que habeis resistido mis deseos.
Yo debiera odiar á una alma ingrata
que desaira mi amor, y este amor
mismo

me inclina sin arbitrio á perdonarla.

Orm. Pues, Señor, castigadme. Yo con-
sagro

(bastan
mi vida á vuestro enojo, y pues no
á separaros de un horrible intento
los mas santos derechos, vuestra saña
acabe de oprimir el triste resto
de mis amargos dias.

Mun. Pero, ingrata

(los
quando olvidando mis ardientes ze-
á perdonaros el amor me arrastra,
no ois en vuestro seno inexorable
alguna voz que aprueve de esta llama
el invencible ardor? Cruel! Vos mis-
ma

os obstináis en irritar mi saña?

Y solo mis crueldades son objeto
de vuestro injusto ruego! Quien
pensara

hallaros insensible á los alhagos
del trono, y á la gloria soberana
de dar ley sobre el paterno solio,
y de enjugar los llantos de la Patria
reynando en el afecto de Munuza!

Pero que? Os lisongeis que mas
templada

mi violenta pasion..No, yo no puedo
resolverme á perderos...Ni mi alma
podrá sufrir tan vergonzosa idea.

En este caso, el odio y la venganza,

armarian mi brazo poderoso
contra un ribal que logra vuestras
ansias,

y contra un falso amigo, cuya sangre
(de Munuza hasta ahora idolatrada)
la verterá Munuza á vuestros ojos
si le creéis indigno de lograrla.

El amor la hizo objeto de mis rue-
gos,

el odio la hará el blanco de mi rabia:
sobre las ruinas del augusto trono
á que quise elevaros, la venganza
irá acinando extragos y trofeos.

Y en el torrente inmenso de mi saña
los restos infelices de una estirpe
que hoy respeta mi brazo, serán
gradas

por donde suba al soberano solio;
pero ay! de qué me sirve esta espe-
ranza,

si yo os pierdo, cruel! Entre mis glo-
rias,

si vos no las haceis dulces y gratas,
ha

(1) *Guardias con hachas á lo lexos.*

hallaré mas que horror y descon-
suelo?

No. Vos me ayudareis á disfrutarlas
con vuestra mano. En fin, yo estoi
resuelto,

el altar está pronto, preparada
la nupcial pompa, y el Ministro es-
pera:

(ga sea, pues, vuestra mano, ilustre pa-
de mi pasion, venid conmigo al tem-
plo,

y lo que está en arbitrio de mi saña
concededlo al amor y á la ternura.

Orm. Quan en vano esperais que mi
constancia

(no ceda á vuestro furor, y quan en va-
pretendeis que cobarde y asustada
dexe la senda en que el honor me
puso.

El cielo enternecido á mis instancias
me va á hacer superior á vuestra fu-
ria,

vos poneis á mis ojos la venganza,
su horror y sus ultrages. Yo estoi
viendo

muerto á Rogundo, y que en su
pecho rasga

una mano cruel mi triste imagen;
sepultado á mi hermano entre las al-
tas

ruinas del imperio de sus padres,
me hace estremecer. Miro en las

aras
arder cobarde el religioso fuego.

Desde el altar con mano ensangren-
tada

me ofrece una corona la justicia...
Qué de engaños, ó Dios! Qué de

asechanzas (cella!
contra el honor de una infeliz don-
Pero este mismo honor, que es la

mas santa

de las obligaciones, el recuerdo
de mi cuna, la fe de mi palabra,

el amor, la virtud y el cielo, todo
sostiene y fortalece mi constancia

contra un amor cruel y artificioso.
Quando vos completeis vuestra

venganza, (tos,

no estaré menos firme en mis inten-
por mantener la fe de mi palabra,

y no violar un vinculo tan santo:
vos vereis que llorosa y resignada,

pierdo un hermano, pierdo un tier-
no esposo,

y pierdo, ay Dios! la siempre dul-
ce Patria.

Despues que esté desamparada y sola
me arrastrareis con mano temeraria

hasta el pie del altar; pero alli mis-
mo renovaré mi amor y mi palabra

al infeliz Rogundo, y pondré al cielo
por testigo de vuestra injusta, osada

y sacrilega accion. Si. Yo os lo juro,
y no espereis, cruel, que vuestra

llama,
el talamo nupcial, ni los altares

le puedan arrancar á mi constancia
la mas leve caricia. No: Munuza,

será un berdugo eterno de mi alma.
Mun. O Dios! todos me insultan. Yo

no puedo
vancer esta pasion! Muger ingrata!

Yo os haré conocer... Ola soldados.

ESCENA QUINTA.

Munuza. Ormesinda. Kerim. Ingunda.
Ker. Señor?

Mun. Kerim, al punto con mi guardia
lleva á Ormesinda al templo. Yo te
sigo.

Orm. Pero cruel, no ois:::-
Mun. Kerim, llevadla.

Yo pretendo agotar, fiera enemiga,
todo vuestro rigor.

Orm. O cielo! Ampara
mi inocente virtud en este trance.

ESCENA SEXTA.

Munuza.

Mun. No se como es capaz la devil alma
de una muger, de tanta resistencia:

algun genio infernal en sus entrañas
ha derramado el odio desabrido!

To-

Todo el mundo me ofende. Todos
tratan (to
de abatir mi altivez... un brazo ocul-
mi amor, y mis proyectos desba-
rata. (do
Acaso el cielo injusto está de acuer-
con los que me abandonan? Qué su
saña (rio
querria trastornar:: Ah, qué marti-
para un pecho amoroso, ver frus-
tradas
tantas ideas dulces y alhagueñas!
Pero qué dudo? Amor, tu voz me
llama
á poseer las gracias de Ormesinda,
tu mismo en los altares me preparas
una dulce coyunda, que ella misma
no podrá desatar. Union sagrada!
tu no serás inutil. Son eternos
los santos nudos hechos en las aras:
no los puede romper un pecho in-
docil; (grata,
pero aunque lo pretendas, alma in-
qué me podrá importar si te poseo,
tu odio pertináz? Fortuna, acaba
de coronar mis dichas. Yo desprecio
un escrupulo insano, que á mis an-
sias (pechos
se pretende oponer. Turve otros
el vil remordimiento, y el que afana
por ascender al trono, que no escu-
che,
importuna virtud, tus voces flacas.
Mas qué rumor se escucha tan es-
traño.
O Dios! qué puede ser?

ES-CENA SEPTIMA.

Munuza. Kerim. Soldados.

Ker. Señor.

*Mun. Quién causa
este rumor, Kerim?*

*Ker. Somos perdidos,
si no envias socorro á nuestra guar-
dia:
en Gijon se conspira...
Mun. Se conspira?
Y contra quién?
Ker. Señor, casi se hallan
todos sus moradores conmovidos:
apenas de nosotros escoltada
salia para el templo la Princesa,
quando el mismo Pelayo puesto en
arma,
y algunos de los suyos nos salieron
al encuentro. La vista de su herma-
na (viendo
le sorprendió al principio; pero
que vuestra tropa al templo la lle-
vaba
se arrojó hácia nosotros impetuoso,
se detiene, nos mira, y con la lanza
enristre, y lleno de ira, Moros (dice)
viles Moros, no así con mano osada
profaneis el decoro de mi sangre;
se vuelve hácia los suyos, les en-
carga (bisten,
defiendan á Ormesinda, y nos em-
todos siguen su exemplo, vuestra
guardia (arriba,
les hace frente: el brabo Acmeth
todos se mezclan, y la lid se trava;
y yo viendo, Señor, que este acci-
dente
puede tener resultas bien infaustas,
me adelanto á avisaros.*

*Mun. Entre tanto (da,
que voy á socorrerlos con mi espa-
parte, amigo, apresurate. En el
Puerto
y en el Castillo, se hallan redobladas
las centinelas; llevallas al choque,
infundelas aliento, y haz que caiga
su rabioso furor sobre los viles.
Amor, haz tu sangrienta mi ven-
ganza. (1)*

ES-

(1) *Munuza se retira por el fondo del Teatro, y Kerin entra al Castillo por la puerta que sale á la Escena, dexando en ella alguno de sus Soldados, y vuelve á entrar á darle aviso luego que Suero y los demás parecen en el teatro.*

ESCENA OCTAVA.

Orm. Ing. Suero. Y algunos Españoles.

Suer. Señora, huid, buscad algún asilo. perdonad sino puede nuestra espada daros otro socorro. Nuestro Xefe peligra, y en su vida soberana tiene la Patria su mayor apoyo.

Orm. O Suero! Qué? Me encargas que me retire? Quieres que Ormesinda sobreviva á la ruina de su Patria?

Suer. Y os quereis quedar sola? Estar expuesta á la furia? (1)

ESCENA NONA.

Ker. las centinelas, y los dichos.

Ker. Ah traidores!

Suer. Qué desgracia!

Señora, huid.

Ker. Dexad á la Princesa, alevosos.

Suer. Primero, vil canalla, perderemos la vida en su defensa. (2)

ESCENA DECIMA.

Ormesinda. Ingunda.

Ing. Venid, Señora: huyamos: mis pisadas

os guiarán á algún asilo oculto.

No espongaís vuestra vida desdichada (can.

al furor de unas tropas que nos bus-

El hondo mar, las cóncavas montañas,

resuenan con los gritos de los nuestros,

léjos de este terreno dó las armas

van sembrando la muerte y los horrores,

la paz, y los consuelos nos aguardan; corramos á implorarla.

Orm. O cielo! Dónde podrán huir dos vidas desdichadas, que vos abandonais? Ah! Vuestro ceño,

(pañá, vuestro ceño descarga hoy sobre Es-

los últimos y mas violentos golpes. Munuza triunfa, y su funesta rabia...

Munuza triunfa? O Dios! Y que destino

será el tuyo muger desventurada? Tú vas á estar sobre el sangriento

trono,

hecha el objeto de una torpe llama, cercada de enemigos y de angustias:

quando lloren tus ojos la desgracia de tu familia, el odio insaciable

traerá á tu presencia sepultadas, en horror y ceniza las ruinas,

las tristes ruinas de la augusta España. (yos,

El esposo.... el hermano.... tus apovíctimas de la furia sanguinaria

del opresor.... sobre sus tristes cuellos,

pronta á herir la funesta cimitarra... Llevame á su presencia, tierna In-

gunda, (cia. que nos una el tirano en la desgra-

Y vos gran Dios, que desde el alto trono (pañá

mirais tranquilo la afliccion de Es-

y la desolacion de vuestro pueblo; vos, cuya voz decide las batallas,

forma, ensalza, y arruina los Imperios, (norancia

quereis que el desenfreno, y la ignoprofanen vuestra herencia, y vuestro nombre?

Enviad, Señor, sobre la vil canalla un Angel destructor que la exter-

mine:

(1) Kerim vuelve á salir por la puerta del Castillo. (2) Suero y los suyos entran por el centro del teatro acuchillando á los moros.

enviad un vengador de vuestra causa:
ved que sin este auxilio perecemos.
Que venga: que socorra nuestras ar-
mas: (les;
que arranque la victoria á los infie-
que los confunda, y triunfe la Ley
Santa.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Suero, y algunos Ciudadanos de Gijon. (1)

Suer Qué horror! O Santo Dios! de
vuestra ira

los efectos se ven en todas partes.

La sangre corre, y sobre nuestros
muros (darte.

la muerte ha desplegado su estan-
Pelayo, nuestro apoyo, está en
peligro: (trance

quién de vosotros, quién en este
no arriesgará la vida en su defensa?
Si un oportuno esfuerzo no subtrae
su persona del riesgo, nos perde-
mos:

oprimidos los nuestros, todo el ayre
pueblan de tristes, y llorosos gritos;
y un eco pavoroso por los mares
va esparciendo el clamor de la ven-
ganza.

La victoria que estuvo vacilante
hasta ahora, se inclina á los infieles;
y ya el Leon de nuestros estan-
dartes

se humilla ante las colas Africanas.

Pero permite el cielo favorable
que aun nos quede un recurso: este

Castillo
que es al presente pavorosa carcel,
donde el valor de Asturias desfallece
y donde arrastra una cadena infame

(1) Salen por la puerta de la Marina, y se encaminan al Castillo. (2) Kerim,
y algunos Moros atravesarán el fondo de la Escena persiguiendo á los Christia-
nos (3) Suero, y los suyos entran al Castillo y despues se presenta Pelayo pri-
sionero y Acmeth.

la nobleza Española, se ha quedado
sin centinela alguna: en el combate
siguen todas las huellas de Munuza,
corramos pues á socorrer leales
á nuestros compañeros, franqueando
una salida al mar por la otra parte
que corresponde al muelle... mas
que veo? (2) (cance

Los nuestros se retiran, y en su al-
corren enardecidos los Moriscos;
amigos al Castillo. Antes que acabe
de hacernos infelices la victoria. (3)

ESCENA SEGUNDA.

Pelayo. Acmeth. Soldados.

Acm. Sosegaos Señor, y perdonadme
si serví de instrumento á vuestra
ruina. (te,

Yo venero á mi Rey en su estandar-
Munuza es quien le rige y le obe-
dezcó;

sin embargo, no miro vuestros males
con animo tranquilo. Vuestro brio
siempre (á pesar del riesgo) incon-
trastable, (vidia
os ha hecho acreedor á nuestra en-
y nuestra compasion.

Pel. El inconstante
capricho de la suerte, eleva un dia
lo que al siguiente sin razon abate;
un corazon constante nunca debe
ceder á estas mudanzas; los cobar-
des (roe,
se humillan al destino; pero el He-
sufre inmovil su alhago, y sus em-
bates.

Acm. Ve aqui de la virtud el puro
idioma. (grandes!

Oh altivos Españoles! Oh almas
De que te sirve el brio, y la bra-
bura,

tostado Berberisco, si un desastre
lle-

lleva el desmayo al fondo de tu pecho!

Pel. (1) Alto muro, testigo respaldado del antiguo valor de los Astures, llora nuestra desgracia, las edades futuras en tus altos torreones, verán luego un padron abominable, que publique y estienda nuestro oprobio

á la posteridad; el mas brillante blason de tu grandeza, Gigia ilustre, se ha convertido en vergonzosa cárcel.

Oh voluble fortuna! Oh tristes tiempos Ormesinda.. (2) Munuza.. Ah! cuántos males

nos van á resultar de esta victoria!

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda, y los dichos.

Orm. (3) Pelayo! Cruel momento!

Mun. Qué agradables objetos me presentas, oh fortuna! Acercaos, Señor, felicitadme, pues logro una victoria tan completa. (5).

Este día que empieza ya á anunciar con luz serena aplaude mi ventura, y el astro que le rige favorable va á mostrarme en la cumbre de la gloria.

Ya vos no pensareis en disputarle á Munuza, ninguna de sus dichas, y pronta vuestra hermana, á que se acaben

todas mis inquietudes, con su mano honrará de mis triunfos el mas grande;

á si mi amor lo espera.

Pel. En fin, tú triunfas inhumano, me insultas y me abafascinados tus ojos no conocen, que la fortuna adula tus maldades

con un honor fugaz y lisongero.

Tú no temes al cielo, y esas frases con que insultas la suerte de un rendido,

de tu pecho descubren el caracter. Pero vil, mi virtud, aunque oprimida,

sabrás arrostrar tus furias, y tus ar-
Mun. Tú me hablas de virtud, y sin embargo, supiste conspirar.

Pel. El que combate por defender sus leyes y sus aras, conspira noblemente. Tus crueldades,

han hecho justa y santa nuestra em- y sino hubiese el cielo formidable lidiado en favor tuyo, ya estaria libre el mundo de un monstruo tan infame.

Mun. No obstante se ha dignado el mismo cielo

de proteger al monstruo que tú abates.

Reconoce orgulloso en estos golpes las señas de su ira respetable.

Tú me llenas de injurias y baldones. Pero dime, insolente, qué maldades distinguen el gobierno de Munuza? Si España está oprimida, los culpables

delitos de sus Reyes con el cielo, su grandeza arrastraron al desastre. Hecho el Moro Señor de todo el Reyno

por via de conquista, su estandarte se fió á la conducta de mi brazo, y no quise oponer un insultante desprecio á esta confianza; y como suele

doblar la fragil caña á los embates del recio vendaval su docil cuello, mientras un soplo asolador des- hace

(1) Mirando al Fuerte, y á la Ciudad. (2) Viendola. (3). Viendo á su hermano. (4) A Pelayo con falsedad. (5) Se retiran las hachas.

toda la pompa del robusto roble,
cedí yo á la invasion de los Alar-
bes: (cios

pero fué por comprar con mis servi-
la salud de la Patria; mis bondades,
y la paz que ha reinado en estos
muros,

fueron un fruto ilustre de la infame
conducta que embilece tu osadia:
tú lo sabes infiel, tú disfrutaste
la mitad de mi gloria y mis dere-
chos: (me

tu engañosa amistad pudo inspirar-
el funesto deseo de una alianza,
que ahora con orgullo insoportable,
desdeña tu altivez; y despues de
esto

querrias que Munuza abandonase
una idea tan justa, y ya explicada?
Pudiera yo sufrir que en los altares,
posponiendo mi amor y mis deseos,
otros menos ilustre se aceptasen?

Pudiera ver que tú sin mi noticia,
y á mis ojos formabas otro enlace,
(1) disponiendo de aquella ilustre
mano, (citase

sin que este atroz desprecio me ex-
á defender mi honor y mis dere-
chos?

Demasiado seguí la voz culpable
de una infiel amistad, y yo debiera
sin escuchar sus gritos gloriarme
de que puedo vengarme y oprim-
mirte...

Si, yo puedo oprimirte... Pero aun
laten

en mi seno los placidos impulsos
de una misma amistad, y mas cons-
tante (de)

(quanto tu mas ingrato y mas revel-
mueve con fuerza oculta mis pie-
dades... (plo

Por ultima razon, yo voy al tem-
á confirmar mi dicha en los altares,
ya todo se me humilla, y nadie
puede

oponerse á la gloria de este enlace.
Si vos le autorizais, todo lo olvido,
y esta ultima prueba que negarle,
no debeis á un amigo que os per-
dona, (ces.

Pel. sellará mi fortuna, y nuestras pa-
No lo espereis Munuza; muy en-
vano

renovais un proyecto abominable
que oiré con horror mientras res-
pire. (ce,

Yo no quiero admitiros á un enla-
cuyo recuerdo en los futuros siglos,
haria mi memoria abominable.

Ni quiero que se diga en tiempo al-
guno, (tante

que aquel mismo Pelayo, que cons-
supo burlar las furias de Munuza,
fué á vista del suplicio tan cobarde,
que manchando la gloria de su cuna,
mezcló á la de un traidor su ilus-
tre sangre.

Tú me llamas ingrato; pero ahora
veo qual era el fin de unas bon-
dades, (hijas

que yo no he pretendido, y fueron
de tu ambicion perversa, é insacia-
ble.

Ella solo ha regido tus acciones,
no el amor de la Patria, cuyos ma-
les

son hoy de tu perfidia triste efecto;
unido estrechamente á los cobardes
hijos, é imitadores de Witiza,

y hecho parcial de la faccion infame
del falso D. Julian, y el traidor

Opas, (bante,
fuiste de los primeros que al tur-
ofrecieron sus cultos en España.

Tu con estos rebeldes convocaste
á los feroces pueblos que abitaban
la inculta Berbería, y su estandarte

junto al de los facciosos en tu mano,
fué susto, fué terror de los leales.

La destruccion, la muerte y los es-
tragos,

que

(1) Señala á Ormesinda.

que lamenta tu Patria , tanta sangre vertida cruelmente en este sitio, tantas victimas tristes , cuyos Manés piden sobre estos muros la venganza, son de tus intenciones exêcrables eternos , y funestos testimonios.

Y no tienes rubor de recordarme los servicios que España te ha devido!

Tú , cuya autoridad es el infame precio de la perfidia y las traiciones, tú , que aun estás sediento de la sangre

de tus conciudadanos, y tú quieres que Pelayo consienta en un enlace que mancha eternamente su memoria?

No...No...lexos de serte favorable, rindo gracias del cielo que propicio en el último extremo de los males, me reserva el arbitrio de abatirte con la vergüenza de un atroz desayre.

Mun. Tú no tendras, traydor, por mucho tiempo

tan barbaro consuelo , los altares van á ser los garantes de mi dicha, y tú vas á morir : tiembla , cobarde. Una muerte afrentosa será el fruto de tus baldones.

Pel. Solo al que es culpable (justo debe asustar la muerte, el varon la espera sin mundanza en el semblante:

tu debieras mas bien estremecerte, contemplando la suerte miserable que va á llenar tus dias. Rodeado de amigos lisongeros , inconstante en todos tus designios , rezeloso, hecho el horror de todos los mortales

y entregado al voraz remordimiento vas á vivir inquieto , inconsolable, aborrecido , y lleno de aflicciones sobre el injusto trono. En tus umbrales

y hasta en el fondo oscuro de tu pecho

continuamente asistirá la imagen de la palida muerte. Su presencia vendrá á llenar de acibar tus manjares,

tú lecho de inquietudes y de sustos, y tu aprehension de los eternos males á que debe su brazo conducirte, todo te dará horror ; á todas partes te seguirá mi sombra. Y en fin, siempre

llevarás arrastrando en ese infame corazon , tu berdugo y tu suplicio: triunfa pues , inhumano , triunfa, aplande (gun dia tu dicha , y mi infortunio , que alpondrá límite el cielo á tus maldades.

Mun. Baste ya de delirios. Profetiza, hombre iluso , si quieres mis desastres;

pero corre á sufrir los que merece tu ciega obstinacion (1).

Orm. O duro trance!

ó conflicto terrible , y doloroso!

Mun. Acmeth?

Acm. Señor.

Mun. Haced que en el instante se conduzca Pelayo al mas obscuro calabozo del Fuerte : que se arme entretanto un suplicio en esta Plaza : (tras arde marcha despues al Templo, y mien sobre el altar el nupcial incienso, que muera el que se atreve á despreciarme.

Orm. Pero , bárbaro , dime?...

Mun. Nada escucho:

que se cumpla mi orden al instante.

Pel. Si.. yo voy á morir... Recibe , ó cielo !

en sacrificio mi inocente sangre.

Ah ! pueda ella expiar todas las culpas, (trance

que irritan vuestro ceño... En este

re-

(1) *re e seña á Acmeth de que se acerque.*

recuerda, hermana tierna, tus abue-
tus Leyes, y tu honor... (los,
Mun. Acmeth, llevadle,
y haced que me reserven su cabeza.
Ella será, traydor, (1) en mis um-
brales
horroroso espectáculo que asuste
á tus imitadores. (2)

ESCENA CUARTA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda.

Mun. (3) Los altares
están prontos, venid; la resistencia
os será muy inútil, porque nadie
os puede defender.

Orm. O monstruo impio! (tales!
Hombre el más vil de todos los mor-
Asombro, horror, y afrenta de tu
siglo! (gre
Qué espíritu infernal contra la san-
mas ilustre conmueve tus entrañas?
Qué furia vierte en ese pecho infame

la rabia pertinaz con que persigues
á una raza inocente? Te persuades
á que podrá forzarme tu fiereza
á recibir en un funesto enlace
esa mano cruel, mano asesina,
que va á teñirse en la inocente
sangre

del infeliz Pelayo? No, no quiero
unirme con un monstruo: los altares
serán solo testigos de mi odio...

Pero si acaso en este mismo instante
víctima del furor de tus ministros
la vida de mi hermano..... si su san-
gre (do

está pronta á correr... estoy miran-
el sacrilego azero sepultarse
en su cuello... Qué horror! Yo me
estremezco.

Ahora mismo un brazo formidable...
cruel! suspende el orden inhuma-
no... (bles (4)

No escuchas los gemidos lamenta-
que se oyen en el centro de la tier-
ra?

O'Dios! del hueco de las tumbas
salen

las sombras de los que has asesinado:
yo las oigo... las veo... mira, infame,

en las trémulas manos los cuchillos,
que están aun teñidos en su sangre:

sobre tí abren las oscuras bocas,
y fijando en tus manos criminales
la vengativa, y macilenta vista

corren despavoridas á buscarte:

todas ya te rodean... en tu seno

van á clavar rabiosas los puñales:

huye, bárbaro... ó Dios! de nuevo
se oyen

los tristes alaridos... duro trance!

no puedo sostenerme.. Ingunda (5).

ESCENA QUINTA.

Munuza. Ormes. Ingunda. Acmeth.

Acm. Presto,

Señor.

Mun. Qué es esto, amigo?

Acm. Ahora salen

todos los prisioneros del Castillo.

Mientras duraba el anterior com-
bate,

todo el Fuerte quedó sin centinelas;
y aprovechando este feliz instante

el traidor Suero y otros, violenta-
ron

las prisiones... Al punto los cobardes
corren, y se apoderan de las ar-
mas:

furioso Rogundo, á todas partes

lle-

(1) A Pelayo. (2) Acmeth introduce á Pelayo en el Castillo por la puer-
ta que cae á la Escena. (3) A Ormesinda. (4) A Munuza, como fuera de sí.

(5) Ormesinda cae desmayada en los brazos de Ingunda, y á este tiempo
sale Acmeth apresurado por la puerta del Castillo, y Munuza asustado le
sale al paso.

lleva el horror , la muerte , y el ex-
trago.

Apenas á su vista formidable
se presentó Pelayo entre cadenas,
quando lleno de ira y de corage ,
se arroja entre las picas : hiere , ma-
ta , (gre,
atropella , y bañado en nuestra san-
nos arranca la presa : el desdichado
Kerim muere á sus manos: el com-
bate

prosigue sostenido por la guardia ,
cuyos cavos , valientes y leales,
aumentan el destrozo. Pero todos
los sediciosos lidian implacables
sin temor de la muerte , y los opri-
men : (trance

yo os vengo á suplicar , que en este
cuideis de vuestra vida: de ella solo
pende nuestra victoria ; y si faltase,
quién pudiera librarnos de la rabia
de un pueblo enfurecido?

Mun. O suerte instable ! (abismo
Hado perverso ! En qué profundo
precipitas mi gloria en este instante!
Que conserve la vida me aconsejas,
y arriesgo la venganza ? No , co-
barden ,

yo no os veré triunfar....

Acm. Señor , á donde
correis de esta manera?

Mun. Almas infames ! (Pelayo
Pues qué ? Podré sufrir que el vil

salve su odiosa vida , y sin vengar-
me (dones?
volveré á estar expuesto á sus bal-
La muerte me será mas tolerable
que su infame presencia.

Orm. Justo Cielo ! (combate
Yo empiezo á respirar (1) pero el
parece que de nuevo se ha encen-
dido , (grande
crece el rumor , y cada vez mas
se hace la confusion... Ah ! si los
nuestros (afable!
cansados ... Mas qué veo ? Oh Dios
protegedles.

ESCENA SEXTA.

Pel. algunos Españoles y los dichos.

Pel. La vida , amigos míos ,
no se debe apreciar en este instante,
perdámosla en defensa de la Patria.

Mun. (2) Acmeth. Amigos. Guardias.
destrozadle. (hermano!

Orm. Bárbaro , donde vais. Ay triste

Pel. Sin la espada ya es fuerza.

ESCENA SEPTIMA.

Pel. Rog. *Mun.* *Orm.* *Acm.* *Ing.*
Guardias. (3)

(4) *Mun.* (5) Muere infame.

(7) *Orm.* (9) Qué haces traidor ?

Mun. Ah Bárbaro , yo muero. (10)

Rog.

(1) Se oye ruido de armas. (2) Pelayo y algunos de sus amigos , saldrán por la puerta del Castillo á la Escena, retirandose de los Moros, y peleando al mismo tiempo. (3) Pelayo pierde la espada , y procura cobrarla defendido de los suyos: Munuza corre hácia él con un puñal en la mano: en este tiempo se habrá descubierto Rogundo en el fondo de la Escena, quien advirtiéndolo el peligro en que está Pelayo , corre á herir á Munuza: Acmeth , que advierte la accion de Rogundo , procura estorvarla para defender al tirano , de modo que interpuesto entre Munuza y Pelayo , defiende sin arbitrio la vida de éste , y no la de Munuza , que cae herido por Rogundo. (4) Los dos á un mismo tiempo. (5) Munuza corre á Pelayo (6) Rogundo á Munuza. (7) Los dos á un mismo tiempo. (8) Acmeth queriendo estovar á Rogundo. (9) Ormesinda á Munuza. (10) Munuza cae en los brazos de Acmeth , Pelayo se asegura de Ormesinda , y Rogundo con los demas Christianos sale persiguiendo á los Moros.

Rog. Compañeros, seguid á estos cobardes que el cielo nos protege.

ESCENA OCTAVA.

Pelayo. Ormesinda. Munuza. Acmeth. Ingunda.

Pel. Reconoce, (ce, hombre cruel, en este horrible trance el brazo poderoso que me verga, y pone fin á todas tus maldades.

Mun. Tú has vencido, traidor. El cielo injusto (tante sobre mí ha descargado en este insolos tormentos que yo te destinaba: yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace,

(ranzas: y pierdo en fin, mis grandes esperú vives, tú triunfas á mis ojos, (re. yo muero desairado, y sin vengar. Y esta idea, dos veces afrentosa, me aflige y atormenta en este trance,

(can. aun mas que las angustias que me cer. Por qué? Oh muerte! has querido arrebatarme

la venganza mas fiera, y mas gloriosa.

Acercate, cruel, mira en mi sangre (1) el fruto de mi amor y tus rigores: querido Acmeth, yo muero sin premiarte,

corre á excitar la ira de los tuyos, llevales mi rencor.. (2) tiembla, cobarde,

espera un fin igual al de Rodrigo ya mis fuerzas...amigo, separadme de estos viles objetos que me cercan, y llevadme á morir en otra parte.

ESCENA NONA.

Pelayo. Ormesinda. Ingunda.

Pel. Ay hermana, de qué terrible riesgo nos ha librado el cielo favorable.

Orm. A Suero, y á Rogundo les debemos la vida, y el honor, ó tierno amante! Pero él se acerca.

ESCENA DECIMA.

Rogundo, y los dichos.

Orm. O dulce y fiel esposo!

En fin puede mi afecto inalterable gozar de vuestra vida sin zozobra? Ya el tirano murió.

Rog. Tocó su infame corazon esta espada, mas la muerte fué justa recompensa de los males que ha causado á la Patria, y á nosotros: (brarse

en fin ya empieza España á recorde una injusta opresion. Y vuestra vida, (tante (3)

Señor, es un anuncio el mas consde los triunfos que el cielo nos ofrece.

Pel. Yo os la debo, Señor, y en esta parte

á vos tambien se deberá la gloria, vamos pues á buscarla, vamos antes que puedan los contrarios rehacerse, huyamos de estos fúnebres parages á buscar un asilo en las montañas: en su fragosa cima insuperables seremos al orgullo Berberisco, y si entre tanto llega algun instante de menos inquietud, agradecida dará Ormesinda á tan heroyco amante

la apetecida mano.

ESCENA ULTIMA.

Suero y los dichos.

Pel. Tierno amigo! (4) nuestro libertador! Corre á abrazarme. (renos

Sue. Ya todo está en quietud, los Agaque huyeron asombrados del combate

van

(1) A Ormesinda. (2) A Pelayo. (3) A Pelayo. (4) A Suero.

van ya lexos del puerto, sus gale-
 ras,
 les dieron un asilo, y los cobardes
 salvan favorecidos de los remos
 el resto de sus vidas exêcrables.
 Pero, Señor, se sabe que Mu-
 nuza
 para poder mejor asegurarse
 en sus viles ideas, ha pedido
 socorro á los soldados que se espar-
 cen
 por las costas de Asturias y Viz-
 caya;

Se hallará en la Librer'a de Castillo, frente las gradas de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros; en su puesto calle de Alcalá; y en el del Diario, frente Santo Thomas, su precio dos reales sueltas, y en tomos en pasta á 20 cada uno, en pergamino à 16, y á la rústica à 15, y por docenas con mayor equidad.

ellos vendrán sin duda á este pa-
 rage
 con el primer aviso, y pues noso-
 tros
 pudimos redimir de tantos males
 vuestra ilustre persona y nuestras
 vidas,
 vamos, aprovechando estos instan-
 tes,
 á buscar otro asilo mas seguro
 donde la libertad que aquí renace
 se afirme con acciones valerosas.
 Orm. O feliz dia! O dia memorable!

EN LAS DICHAS LIBRERIAS Y A LOS PRECIOS REFERIDOS
se hallarán las siguientes.

- Las Víctimas del Amor.
 Federico II , primera y segunda parte.
 Las tres partes de Carlos XII.
 La gran piedad de Leopoldo el Grande.
 La Jacoba.
 El Pueblo Feliz.
 La Hidalguia de una Inglesa.
 La Cecilia, primera y segunda parte.
 El Triunfo de Tomiris.
 Luis XIV. el Grande.
 Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
 La Industriosa Madrileña.
 El Calderero de San German.
 Carlos V sobre Dura.
 De dos Enemigos hace el amor dos amigos.
 El Premio de la Humanidad.
 El Hombre convencido á la razon, ó la Muger prudente.
 Hernan Cortés en Tabasco.
 Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre.
 La Justina.
 Acaso, astucia y valor, vencen tiranía y rigor, y Triunfos de la lealtad.
 Aragon restaurado por el valor de sus hijos.
 Los tres Mellizos.
 Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camila.
 La Virtud Premiada, ó el Verdadero buen Hijo.
 Caprichos de amor y zelos.
- El Severo Dictador.
 La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
 Troya abrasada.
 Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena, y natural Vizcayno.
 El Sol de España en su Oriente, y Toledano Moyses.
 El mas Heroyco Español, lustre de la antigüedad.
 Jerusalem conquistada por Gofredo de Bullon.
 El amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con saynete, las Besugeras.
 Defensa de Barcelona, por una fuerte Amazona.
 De un Acaso nacen muchos.
 El Hidalgo Tramposo.
 Orestes en Sciro, Tragedia.
 La Desgraciada Hermosura, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.
 El Alba y el Sol.
 Juego completo de diversion casera para Navidad, y Carnes-Tolendas Tragi-Comedia, la Virtud aun entre Persas Laureos y Honores grangea, con Loas y Saynetes.
 El Tirano de Lombardia.
 Como ha de ser la Amistad.
 La Buena Esposa. Drama heroyco en un acto.
 El Felí Encuentro.
 La Viuda generosa.

Las Víctimas del Amor.
 Federico II. primera y segunda parte.
 Las tres partes de Carlos XII.
 La gran ciudad de Leopoldo el Grande.
 La Jacoba.
 El Pueblo Febo.
 La Hidalguía de una Inglesa.
 La Cecilia, primera y segunda parte.
 El Triunfo de Tomiris.
 Luis XIV. el Grande.
 Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.
 La Industria Madrileña.
 El Calderero de San German.
 Carlos V sobre Dura.
 De dos Enemigos hace el amor dos amigos.
 El Premio de la Humanidad.
 El Hombre convertido a la razón, ó la Mujer prudente.
 Hernán Cortés en Tabasco.
 Por ser leal y ser noble dar puntal contra su sangre.
 La Justina.
 Acaso, astucia y valor, vencen tanta y rigor, y Triunfos de la lealtad.
 Aragón restituido por el valor de sus hijos.
 Los tres Mellizos.
 Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camilla.
 La Virtud Premiada, ó el Verdadero buen hijo.
 Caprichos de amor y celos.
 El Severo Dictador.
 Juan José Pastoreta y Titano del Castillo.
 Tiova abasca.
 Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena, y el victorioso, que el vencido.
 El Sol de España en su Oriente, y Tolodana Moyses.
 El mas Heroico Español, lustre de la antigüedad.
 Jerusalem conquistada por Sennacherib, Rey de Babilon.
 El amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con saynete, las sugerias.
 Defensa de Barcelona, por una fuerte Amazona.
 De un Acaso nacen muchos.
 El Hidalgo Triunfoso.
 Orestes en Selos, Tragedia.
 La Desgraciada Herminia, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.
 El Alba y el Sol.
 Juego completo de diversiones para Navidad, y Carnes- Tolodana Tragi-Comedia, la Virtud aun entre Peras Jan- tos y Honores sangras, con las sugerias.
 El Titano de Lombardia.
 Como ha de ser la Amistad.
 La Buena Esposa. Drama heroico en un acto.
 El Belli Encuentro.
 La Vinda generosa.